

Escribe Monika Sznajderman: No hablas de Auschwitz, ni lo mencionas. No eres capaz. Solo recuerdas imágenes sueltas. "Por ejemplo, cuando uno salía por las noches para ir a las letrinas, tenía que recorrer algunos metros bajo

un frío espantoso. Allí estacionaban las llamadas plataformas, unos carros repletos de cadáveres. Había que sortear los carros con cuidado, porque los cadáveres congelados pesan mucho y caían al suelo".



27 DE ENERO >> DÍA INTERNACIONAL DE CONMEMORACIÓN EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Holocausto y totalitarismo

Dos razones explican la publicación de este ensayo: de una parte, porque nos resulta ineludible sumarnos al Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto. De otra, para referirnos a la inminente publicación de *El arte de vivir, el oficio de escribir y otros ensayos sobre cultura y pensamiento* (Espacio Anna Frank, Venezuela 2022), primero de tres volúmenes de la obra completa de Marianne Kohn Beker (1932–2017), del que tomamos el texto que sigue



HOLOCAUSTO / UNITED STATES HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM

MARIANNE KOHN BEKER

Cuando –a nivel de masas– el Holocausto ya es un tema no solo olvidado sino ignorado por las nuevas generaciones, apenas ahora se emprenden las investigaciones más serias y rigurosas sobre un fenómeno que nos dejó tan consternados como para dejarnos tan solo esporádicos e infructuosos intentos de descripción. Los ensayos, las novelas, las películas y todas las manifestaciones artísticas inspiradas en este tema, solo han logrado evidenciar el impacto del horror que causan las simples narraciones de los sobrevivientes y el material fotográfico y documental que lograron obtener gracias a que los alemanes fueron los perdedores en la Segunda Guerra Mundial. No es suficiente señalar la posibilidad de que este suceso se hubiese avizorado antes de que ocurriera, porque incluso habiéndose producido hay quienes se niegan a creerlo; lo cual simplifica la labor de los propagandistas actuales que se empeñan en presentarlo como un infundio más, que sólo prueba la capacidad de engañar propia de los judíos¹.

En lo que todos estamos de acuerdo es que el Holocausto como fenómeno no tiene precaución en la historia ni cuantitativa ni cualitativamente. Algo semejante había acontecido en la historia de la humanidad, a pesar de que esa historia está repleta de mortandad, matanzas y crueldades².

El hecho de que hayan sido los causantes del Holocausto quienes perdieron la guerra, proporciona la posibilidad de estudiar; si no hubiese sucedido así, nadie estaría aquí para contarlo, ninguno de los libros de la gigantesca bibliografía de la que se dispone ahora sobre el tema existiría, la humanidad habría entrado a formar parte ya de un orden social totalmente nuevo, un orden cuya descripción acostumbremos con ligereza a catalogarle de ciencia-ficción³. Pero esta es, precisamente, una interpretación de la hecatombe a la que solamente en estos últimos años se han acercado los investigadores, después de que una serie de mitos se han creado para satisfacer la curiosidad de quienes por muy distintos motivos (culpa, rencor, vergüenza, hostilidad), necesitan tranquilizar sus conciencias.

Me limitaré a enumerar muy someramente las más difundidas de estas especulaciones:

1. Lo acaecido en la Segunda Guerra Mundial fue la obra de unos locos fanáticos que, si bien estuvieron a punto de ganar la guerra, desde

el momento que fueron derrotados desapareció toda posibilidad de que un hecho así vuelva a presentarse en la historia.

2. Solo un pueblo bárbaro y salvaje como lo fue el pueblo alemán podría haber concebido tamaña arbitrariedad.

3. La hecatombe no es sino un hecho más en la larga historia de persecuciones judías para la cual el cristianismo sembró todas las bases.

4. En una ordenación política nacionalista, un pueblo carente de territorialidad está sujeto a toda clase de vicisitudes, incluida la acaecida durante el nazismo.

5. Ante la teoría del “chivo expiatorio”, complementaria de la anterior, según la cual los gobiernos encuentran una salida a sus crisis sociales y económicas mediante la invención de un presunto culpable que sea fácilmente aceptada por las masas descontentas y frustradas, ¿quién entre la población europea lograba acumular tantas características propicias para ser el escogido aparte de los judíos? Carentes de poder político, odiosos por extraños y por todos los mitos adversos que se acumulaban sobre ellos en centurias de antisemitismo. Eran el señuelo perfecto a ser utilizado como arma política de un Estado enfrentado a una grave crisis económica.

6. Las víctimas lo tenían merecido porque su objetivo final era apoderarse del mundo. Eran un enemigo de la humanidad. Conspiración judía internacional.

7. La tesis religiosa ortodoxa: castigo divino de un Dios justiciero e implacable.

8. Por último: aquella teoría según la cual la catástrofe cuantitativa, el hecho de que hubieran sucumbido por millones, se debió a la tradicional cobardía y pasividad judía, o al colaboracionismo con los nazis, tanto del pueblo alemán como de los judíos mismos.

No es fácil mantener la calma, reprimir la sublevación que, al menos, algunos de estos argumentos suscitan en un auditorio judío. Pero no son pocos los judíos que están de acuerdo con algunos de los que acabamos de enumerar. Tales respuestas o lucubraciones solo pueden ponerse a prueba con un estudio exhaustivo y objetivo de los antecedentes históricos de judíos y no judíos y de las tendencias en juego en la Alemania pre-nazi.

Y esto se viene haciendo no solo para saber qué fue lo que sucedió en realidad, no solo para guardar memoria de lo acontecido, sino primordialmente con la esperanza de encontrar

los instrumentos adecuados para que hechos similares no vuelvan a repetirse en el futuro. Aun cuando, por desgracia, ese dicho tan sagaz acerca de la historia, de que “lo único que se aprende de la historia, es que no se aprende de la historia”, ha sido por lo general certero.

¿Por qué no aprendemos de la historia? Posiblemente porque la previsión histórica no puede ser tan exacta como en las ciencias experimentales. A pesar de los adelantos que últimamente se han realizado en las así llamadas disciplinas humanas, la complejidad de los fenómenos que entran en juego y los elementos que se nos escapan y que denominamos azar, son uno de los más importantes impedimentos. Pero también es cierto que el estado actual de dichos conocimientos es mucho mayor que en el siglo pasado y que los hallazgos de la sicología, la pedagogía, la sociología y la teoría política ofrecen la posibilidad de diseñar programas más acordes con el estado actual de la civilización y despejan incógnitas sobre el comportamiento humano que permanecen encajonadas en los archivos de los investigadores. Es decir, que no se toman en cuenta cuando se diseñan las pautas políticas a menos que estos descubrimientos sirvan para afianzar la política del poder o para sacar mayores dividendos en alguna política económica.

Lo ocurrido con el descubrimiento de la energía nuclear, de la que hasta el momento solo sus efectos negativos se conocen a cabalidad, también ocurre con los trabajos realizados sobre la “conducta”. Hasta ahora solo se utilizan estos hallazgos para la manipulación humana (propaganda).

¿Será posible, entonces, que el conocimiento de la tragedia más espantosa que azotó a la humanidad, que nos permitiría encontrar ciertas luces sobre la naturaleza del ser humano, sobre el estado actual de la civilización, sobre los mecanismos que actúan en las políticas de poder, sobre lo que pueda ocurrir en el futuro, no sirva además para poner sobre aviso a los hombres sobre los peligros que le esperan si los gobernantes poderosos no son obligados a rectificar sus objetivos y si las instituciones tradicionales no se transforman para obviar tamaña amenaza? ¿Y que, más bien, corremos el peligro de que, conociéndose cómo se ensambla y controla la maquinaria que produjo los campos de exterminio, esta pueda utilizarse de nuevo a la simple orden de un mandatario? Hay buenas razo-

nes para temer esta última posibilidad. Porque la única política que caracteriza a la civilización desde los albores mismos de la vida en sociedad fue y sigue siendo la política del poder.

El que haya sido así en el pasado tenía su justificación porque la necesidad de “seguridad” exigía satisfacción perentoria para la supervivencia humana, aunque fuese a costa de perder parte de su “libertad”. Hoy en cambio, la satisfacción de los deseos de seguridad se ha conseguido a tan alto grado que ofrecen a los gobernantes un poder que nunca antes, ni en los más importantes imperios antiguos o modernos, se poseía. No solo la sofisticación del armamento nuclear sino la organización son instrumentos tan coercitivos que se vuelve cada vez más improbable el éxito de cualquier empresa tendiente a realizar ciertos cambios a menos que sean considerados favorables, provechosos a los intereses de quienes detentan el poder.

El estado se viene apropiando de todas las formas del poder, en su deseo de ejercer control absoluto, lo que llevado a su última expresión implica la aparición del totalitarismo, cuya consecuencia es la imposición de un ordenamiento social completamente distinto; la aparición de una sociedad nueva en la que la libertad, en su totalidad, se habrá sacrificado a expensas de la “seguridad”. En consecuencia, la necesidad básica que exige satisfacción es la de la libertad del individuo, cada vez más sujeto a control, cada vez más cerca de convertirse en mano de obra esclava. El imperativo de la libertad es tanto más urgente cuanto menos es la disposición oficial para tomarlo en cuenta.

Esa oposición de intereses entre individuo y Estado, por lo general, se ignora. Como el poder establecido tiene en sus manos mayoritariamente los medios de comunicación e información, se utiliza la propaganda para exacerbar sentimientos de nacionalismo que conjugan ingredientes tales como la rivalidad, el odio y el temor; mientras que el capitalismo en su doble forma de capitalismo estatal y de libre empresa fomenta la competencia para exacerbar la posesividad.

(Continúa en la página 2)

1 Revisionismo
2 Rebatir teoría del 2do templo
3 Cine: soiled Green. Literatura: a brave new world, 1984.

Holocausto y totalitarismo

(Viene de la página 1)

Respuestas sicológicas perjudiciales producidas por la manipulación, no solo porque tienden a mantener al individuo en la ignorancia de sus más legítimas necesidades, sino porque su peligrosidad es mucho mayor en una civilización como la actual que ostenta un grado de organización cuya efectividad puede llegar a ser fácilmente perfecta.

Todos los intentos de poner sobre aviso a la humanidad sobre la grave amenaza a su supervivencia se estrellan, sean estos de carácter metodológico como en el caso de Russell o Hannah Arendt, o asumiendo el estilo literario como instrumento para evitar el mensaje a las masas también. El hecho de titular ese género literario que se ocupa de exponer los peligros de la concentración de poder como “ciencia-ficción”, minimiza sus alcances porque desvía al plano de la fantasía lo que en realidad es probable que ocurra, y según estos autores es seguro que ocurrirá si no se cambia el rumbo de la dirección actual de la civilización. Este cambio de rumbo solo puede llevarse a cabo por quienes poseen el poder, precisamente aquellos que de ninguna manera están dispuestos a perderlo.

Lo que, por otra parte, contribuye a debilitar la posición de quienes sustentan la tesis del totalitarismo como la amenaza que pende sobre el futuro de la humanidad, son los mecanismos sicológicos del hombre que lo incitan a negar el peligro, que lo vuelven incrédulo ante la inminencia de una catástrofe, que lo obligan a ignorarla y, más aún, que incluso después de acaecida prefieren negarla ciertamente.

La monstruosidad de ciertas tragedias es tan increíble que el hombre se pregunta si realmente pudo haber acontecido. Contra ese anonadamiento tan pernicioso para la sobrevivencia es que han trabajado los escritores, politólogos, historiadores, sicólogos y sociólogos que se dedican a escribir sobre el Holocausto acaecido en la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué puede decirse, en líneas generales, de la repercusión de tamaño obra de miles de páginas escritas, desde diferentes ángulos y con el doble propósito de aleccionar y de mantener viva la memoria de lo acontecido? Aún a pesar de sus buenas intenciones, los resultados han sido desconsoladores. Opino que eso puede ser debido, aparte de las consideraciones políticas y sicológicas ya expuestas, al simple hecho de que, siendo esa bibliografía en su gran mayoría de autores judíos, los judíos sin proponérselo propiciaron la exclusividad de la propiedad de ese problema.

Desde la época de la emancipación judía dos corrientes principales agrupan la literatura sobre temática judía: aquella que denuncia los sufrimientos y las injusticias cometidas en distintas épocas y en distintos lugares por no judíos, es decir, la que sustituye lo que podría ser una historia judía por la historia del antisemitismo. Y la literatura “apologética” que pretende sustituir la imagen negativa del judío por una imagen positiva que, por dura que nos parezca la expresión, no viene a ser sino un lenguaje propagandístico, independientemente de que existen sobradas razones para legitimar su uso, pero que en definitivas cuentas adolece de esa objetividad que es una de las exigencias básicas para aceptar ciertas afirmaciones.

Esta tendencia siguió prevaleciendo también en los escritos sobre el Holocausto, lo cual contribuyó, por una parte, a delimitar el problema dentro de la categoría de un fenómeno antisemita más que no ameritaba demasiada atención para los no-judíos, puesto que no estaba previsto ni ejecutado en su contra¹. Pero, ¿por qué no conceder que esa respuesta típica no es ni exclusiva de los no judíos ni exclusivamente contra ellos? ¿Qué otra respuesta tenemos todos excepto los involucrados en las guerras y en los genocidios que se vienen sucediendo desde el mismo momento en que terminó la Segunda Guerra Mundial? ¿Hasta qué punto eran sinceros los intereses por el destino de los vietnamitas en los argumentos antibelicistas norteamericanos? ¿Hubiesen sido tan fervientes de no tratarse de la vida de los mismos norteamericanos que estaban siendo sacrificadas allí? ¿Por qué preocupa la actual guerra entre Irán e Irak? ¿Es acaso por la muerte y la invalidez de millares de inocentes? Nunca como ahora ha sido tan despreciable la pérdida de vidas humanas, nunca como ahora su salvación depende solamente del hecho de defender otros intereses incomparablemente más valiosos como, por ejemplo, el petróleo. Donde no se tiene la fortuna de que coincidan esos intereses no hay la más remota esperanza de una intervención eficiente y efectiva, con el único y solo propósito de evitar la victimización de los seres humanos. Mientras el Holocausto se mantenga aislado de la problemática política e histórica universal, muy poco o ningún servicio puede prestarle a la humanidad como un todo y, es mi opinión también, que lo mismo ocurre aún en relación



HOLOCAUSTO / UNITED STATES HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM

con los judíos. Ninguna de las medidas tomadas por los judíos, incluida la más espectacular de todas, la creación del Estado de Israel, son realmente medidas novedosas y efectivas, creadas y puestas en práctica para la defensa contra una catástrofe similar. Son, sin excepción, todas ellas programas concebidos para contrarrestar el antisemitismo tradicional, pero de manera alguna serían capaces ni efectivas de enfrentarse a esta nueva y, en apariencia, insólita forma que el antisemitismo adoptó en los nazis, en la “solución” del así llamado problema judío. Más aún, se observa que al judío le molesta incluso que se mencionen otras víctimas no judías del Holocausto, como los comunistas, otros disidentes al régimen, los prisioneros de guerra, los gitanos, los homosexuales, etc. Creen, y no les falta razón, de que no hay comparación entre unos y otros, prácticamente toda la judería europea quedó destruida. Pero al oponerse a que sean colocados junto con esas otras víctimas, solo consiguen aumentar la indiferencia, el olvido, la ignorancia de esa ocurrencia, y desviar la atención de los historiadores políticos que no logran ubicarla en el lugar que le corresponde en el análisis de las políticas del siglo XX.

Parece como si se hubiera contagiado el acostumbamiento o como quiera llamársele de segregación judía en la esfera social, al ámbito histórico. Algo así como una historia universal “*juden rein*” y su contrapartida, una historia judía desconectada del contexto de la historia universal. Independientemente de las graves equivocaciones cometidas por unos y otros en esta artificiosa separación radical que en el caso de los judíos ha contribuido a mantenerlos en una ignorancia calamitosa de los propósitos y designios de los gobernantes y de las fuerzas socio-políticas de los países con cuyo destino están comprometidos; el caso es que a menos que al Holocausto le sea otorgado el dramático rol principal que le corresponde en la historia universal, habrá poco o ninguna esperanza para el futuro judío y habrá poca o ninguna esperanza para el futuro de la humanidad.

Esta es la teoría planteada con toda acuciosidad por Richard L. Rubenstein en su ensayo *The cunning of history*. Ella contiene una introducción de William Styron, de la que me permito citar el siguiente párrafo:

“It is a very brief work – a long essay– but it is so rich in perception and it contains so many startling indeed, prophetic insights that one can only remain baffled at the almost complete absence of attention it suffered when it was first published in 1975”.

En 1980, dos años después de su segunda edición, con la introducción de un autor tan nombrado como William Styron, Rubenstein sigue siendo un completo desconocido, incluso para

mí, que no sé más que lo expuesto por él mismo en su muy somero prefacio; que es director del “Centro para el Estudio de la Cultura y Religión Sureña”. Presumiblemente de la Universidad Estatal de Florida. Nada extraño tiene que así sea, ya que hombres que después de haber merecido una reputación casi sin paragón en nuestra época como lo es Bertrand Russell, han sido ignorados en lo que se refiere a sus reflexiones y observaciones sobre el futuro de la humanidad.

Ha sido incluso en mi caso una mera coincidencia que cayera en mis manos primero, y lo leyera después, este pequeño librito que me inspira a atar ciertos cabos con lecturas anteriores. En él encontré las afirmaciones una y mil veces repetidas por B. Russell, las premoniciones de Kafka, los delirios de Orwell, las tesis de Hannah Arendt, o los experimentos psicológicos a los que hace referencia *ashkenasy* en su libro, que me conducen a asomar una primera tentativa de explicación del Holocausto dentro del contexto de una sociedad totalitaria, en el marco de la cual no solo deja de ser increíble, implausible, fantasmagórico y un hecho pretendidamente “aislado” en el curso histórico de la civilización occidental, sino la consecuencia necesaria de las corrientes de esa civilización con sus intrincados enlazamientos y choques en el siglo XX.

El que este nuevo enfoque sea más correcto que los anteriores solo podrá evaluarse con los resultados que se obtengan en la medida que estos contribuyan a aclarar, para su mejor y mayor entendimiento, un acontecimiento histórico que permanece oscuro y mantiene perplejo al hombre del siglo XX, incapaz de afrontar su destino.

Si la confusión en la que está sumido el mundo en la actualidad pudiera despejarse, aunque fuera un poco, podría entreverse alguna esperanza. De lo contrario es muy posible que asistiéramos pasivamente como las víctimas del Holocausto a un suicidio colectivo. En todo caso lo habremos dejado al azar, es decir, ya no estaría

“La monstruosidad de ciertas tragedias es tan increíble que el hombre se pregunta si realmente pudo haber acontecido”



HOLOCAUSTO / UNITED STATES HOLOCAUST MEMORIAL MUSEUM

en nuestras manos lo que nos depara el porvenir, que viene a ser lo mismo que haber “colaborado” en el desastre porque la no intervención también es una acción política.

¿No es asombroso el parecido que se establece en este avisoramiento del porvenir de la humanidad con lo que ya aconteció en el Holocausto? Bien pudiera ser que el Holocausto fue el primer ensayo, una muestra, el experimento social de una acción aplicable a la humanidad en su totalidad. Y aún en el supuesto caso de que no fuera concebida con ese propósito, los resultados indudablemente exitosos obtenidos por los nazis en sus campos de exterminio, constituyen un modelo fácil de ser emulado por cualquier potencia política en un momento de crisis o con algún propósito de dominación mundial, cualquiera que fuese el pretexto.

La dedicatoria de Hans Ashkenasy en su libro reza así: “*To the millions of men, women and children who did not live to tell it. And whom you and I will join unless...*”, a menos que estemos de sobre aviso, a menos que se promueven una política que contenga los desmanes del poder estatal, y los de los intolerancia y todos los mitos e ideologías que la han alimentado por milenios y que siguen fortaleciendo el escenario social actual, la creciente organización que impone un mundo tecnificado es un terreno aún mucho más fecundo para que los designios de los nazis prosperen a nivel universal.

¿Por qué, nos preguntamos de nuevo, son tan pocos conocidos, se desprecian tanto las investigaciones que desde diferentes ámbitos del conocimiento llegan a casi idénticas conclusiones sobre el porvenir del hombre? Algo semejante ya ocurrió cuando las ciencias naturales empezaron a presentar sus nuevos hallazgos. La misma intolerancia que entonces sentenció a Copérnico y a Galileo se observa ahora con los hallazgos que a nivel de comportamiento individual y social del ser humano realizados por los investigadores. Entonces era la Iglesia la sustentadora del mayor poder, y por ende, la más afectada, como en efecto ocurrió, en el caso de que triunfara la ciencia experimental. Hoy serían las grandes potencias las que sufrirían igual suerte. Y a pesar de que se predica la libertad de información, al menos en los países occidentales, aquella información que no esté protegida por grandes intereses políticos y económicos pasa desapercibida.

En este sentido todo parece indicar que los judíos –por motivos obvios– están más ávidos, por estar más conscientes de dichas informaciones, y por lo menos, hasta el momento, son quienes más han colaborado en este enfoque de la investigación histórica política que se viene acumulando a lo largo de estos últimos veinte años. Me refiero específicame a la corriente que, separándose de la apologética tradicional, ha dejado de preguntarse por el “por qué” de lo ocurrido, que nos obliga a movernos siempre dentro de un ámbito especulativo, y en cambio se ha abocado a responder al “cómo”. El límite entre las suposiciones y lo cognoscible está precisamente en esta sustitución de puntos de vista.

(Continúa en la página 3)

1 Un ejemplo reciente de la conducta típica del no-judío frente a la problemática judía es la respuesta dada por el ministro del Interior francés al acto terrorista acaecido en una sinagoga de París: “no fue un acto provocado contra los franceses sino contra los judíos, con la lamentable consecuencia de la muerte de unos inocentes”. Según este señor los judíos no son ni franceses ni inocentes en primer lugar, y en segundo lugar hay una acusación tácita de que la verdadera culpabilidad de lo acaecido recae sobre los judíos, pues de no haber judíos en Francia no se habría producido la explosión, y por lo tanto no habrían muertos ciudadanos franceses a consecuencia de la misma.

Holocausto y totalitarismo

(Viene de la página 2)

A la pregunta: ¿cómo fue posible la exterminación sistemática de millones de seres humanos en un lapso tan relativamente corto tiempo? Tenemos ya respuestas concretas como las que por ahora me limitaré a mencionar escuetamente:

1. Solo un país altamente civilizado y desarrollado tecnológicamente podrá llevar a cabo tal empresa.

2. Las medidas tomadas por los nazis no fueron provocadas por el odio irracional a los judíos sino por una fría y calculada resolución que puso en marcha un mecanismo que debía alcanzar automáticamente su objetivo.

3. El objetivo, a su vez, no era exclusivamente la exterminación de los judíos sino de toda población superflua, es decir, se trataba de la puesta en práctica, por primera vez en la historia, del control biológico en la solución del problema de la explosión demográfica y su consecuencia inmediata, la de la población marginal.

4. El objetivo tampoco era exclusivamente el del exterminio sino también el de la utilización de una mano de obra esclava que abarataba sustancialmente la producción porque era fácilmente sustituible y desechable y, al mismo tiempo, se solucionaba el problema de la eficiencia con la utilización del arma más efectiva para asegurar el empleo completo de la capacidad de trabajo. Esta arma empleada fue el terror¹.

5. El descubrimiento de la respuesta humana en un sistema de organización burocrática. Respuesta para la cual los conceptos de “culpa” o de “moral” carecen totalmente de sentido. Tanto victimarios como víctimas asumen su papel sin trabas emocionales. La capacidad de despersonalizar, de deshumanizar, que tiene un mecanismo burocrático después que se aprieta el botón que le ordena andar, afecta por igual a los funcionarios que reciben la orden de ejecución como al que recibe la orden de dejarse ejecutar. La acusación de “colaboracionismo” ha sido hecha tanto contra el pueblo alemán que obedeció a los nazis, sin pestañear, como contra el pueblo judío que también acató a través de sus instituciones y cumplió fielmente las órdenes transmitidas por los comandos de la S.S. Unos y otros se convirtieron en “funcionarios”. La diferencia era solo jerárquica. A los judíos les tocó el último nivel en una y la misma estructura de rigurosa jerarquía vertical que es la forma en que está organizada una burocracia efectiva.

6. Y, por último, la puesta en práctica de la organización burocrática para estos u otros fines,



MARRIANE KOHN / ©VASCO SZINETAR

conduce a resultados idénticos que los alcanzados en ese experimento aterrador del Holocausto. En fin, que cualquier ser humano puede convertirse indiferentemente en víctima o victimario, con hacer uso del arma burocrática.

Esto ya es decir mucho más y algo muy distinto a lo que se venía diciendo. Ni el nazismo es una peculiaridad que solo aflora entre los alemanes, ni siquiera es una aberración, sino una respuesta “natural” (aunque suene espantosa a nuestros oídos), del hombre medio cuando se ofrecen las condiciones capaces de provocar esa conducta psicológica. Ni la pasividad es una peculiaridad que define a los judíos, ni siquiera es “cobardía”, es la respuesta típica de cualquier ser humano medio sometido a las mismas circunstancias provocadoras de esa conducta psicológica.

Estos resultados son aún más sobrecogedores que la descripción del infierno vivido en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, puesto que afectan sin excepción a todos los hombres y en vez de que la era nazi sea un capítulo cerrado, un acto pasado, concluido e irrepetible, un hito en la historia, un fenómeno en abierta y flagrante contradicción con el proceso evolutivo de la civilización, resulta ser una de las lógicas de esa mismísima civilización occidental.

Lo sucedido entonces podría servirnos de lección puesto que felizmente no llegó a culminar el proceso gracias a que los alemanes perdieron la

guerra. Pero puede también ser solo el preámbulo de u proceso en el que ya estamos encarrilados.

En todo caso la civilización y barbarie no son términos contrarios, ya que lo que con toda razón calificamos de barbarie es producto de la civilización occidental de la que tan orgullosos estamos de formar parte.

Estos argumentos no son en manera alguna concluyentes. No son más que el vislumbre de un camino largo que apenas ahora empieza a transitarse. No puedo negar mi deseo de que este esfuerzo no sea en vano y es este el propósito por el cual me atrevo a ser su portavoz, a pesar de no ser una experta en el tema. Trataré de ser lo más coherente posible en mi explicación sobre el Holocausto y sobre el totalitarismo, y creo que esto me ayudará a ser convincente también, después de todo no hay cosa más difícil que convencer por la verdad aun cuando se trate, como en este caso, de un auditorio que, supuestamente, no debe ser renuente. Imagínense después que se entable la discusión, las dificultades con que se tropieza cuando estos mismos argumentos se predicán a la masa indiferente, o a quienes no les conviene en manera alguna su discusión.

Debo adelantarles, para que la decepción no sea sorpresiva, que todas las soluciones propuestas por quienes aún son tan optimistas como para atreverse a ofrecer alguna, son débiles y poco factibles de ponerse en práctica. Es decir, son vulne-

rables y fácilmente rebatibles. Pero el análisis crítico es serio y demoledor. Gracias a él muchos de los mitos viejos y nuevos se desenmascaran y muchos de los fenómenos históricos se aclaran con este nuevo enfoque. Al menos, el logro mínimo al que aspiro es ofrecerles una interpretación distinta de la acostumbrada en la que los conceptos de responsabilidad, culpa, pasividad, cobardía, aplicada a las víctimas del nazismo no pueden seguirse utilizando tan a la ligera para endosárselos a los judíos. Una interpretación en que los adjetivos de bestialidad, salvajismo, barbarie, racismo e irracionalismo, no contribuyen a esclarecer la problemática del Holocausto.

Y, por último, una interpretación que revela que todas las medidas tomadas y propuestas hasta el momento por los judíos, para enfrentar el problema, siguen obedeciendo a cánones clásicos adoptados por el judaísmo a lo largo de su historia, sin que ninguna de ellas sea confiable en el enfrentamiento del problema que nos plantea el estado actual de la civilización. ☹

1 Rendimiento máximo.

*“El arte del vivir y el oficio de escribir” y otros ensayos de cultura y pensamiento. Marianne Kohn Beker. Dirección editorial: Luz Marina Barreto. Coeditores: Toni Beker Vainrub, Ilana Beker Weinberg y Carlos Kohn Wachter. Ediciones Espacio Anna Frank. Venezuela, 2022.

Isaac Bashevis Singer: la nostalgia del *shtetl*

“Lo cotidiano en la narración de Bashevis Singer resplandece con sus fantasmas y sus monstruos, sus espíritus burlones que siguen conversando después de muertos como si la vida y la muerte no fueran tan diferentes. Sus diálogos son acerados porque fluyen directamente de las bocas de las gentes que le sirvieron como fuente de inspiración”

MARIANNE KOHN BEKER

Isaac Bashevis Singer ha muerto. Ahora descansa ya del acoso de sus fantasmas. Por fin se ha tranquilizado su obsesión por el ayer y su curiosidad por los destinos de los hombres tan desiguales, tan azarosos y, sin embargo, tan circunscritos a su carácter, pero también a su lugar y a su época.

¿Por qué cuando pienso en él, ahora que se ha alejado para siempre la última chispa que mantenía viva y brillante una memoria llena de olores y sonidos que se esfumaron, así de repente, con la “limpieza” que ordenó Hitler, no puedo menos que acordarme de aquel otro pequeño judío, Marc Chagall, ya también desaparecido, que con su pincel dejó en sus telas el mismo encanto y horror, conjugados con un toque de humor y con una razón bien colmada de amor, por el pequeño gran mundo de su infancia: el *shtetl*?

Las resonancias de esos recuerdos persiguieron al uno y al otro durante toda su larga vida. Gra-

cias a ellos queda constancia para el mañana, si es que a ese mañana le interesará saber de este obsequio tan elocuente de un pasado perdido irremediamente, y de cuyas experiencias, vicisitudes, hay tanto que aprender.

Bashevis Singer descubrió a judíos y gentiles que vivir es más que un duro oficio, es un arte. Que permanecer humanos frente a tantas injusticias es su mayor reto y que el solo hecho de vivir ya es un acto de extraordinario heroísmo.

Esto lo hizo a través de narraciones más propias del oído que de la lectura. Directas, sencillas como las mismas vidas que desglosaba ante un público cada vez más involucrado con la trama, el suspenso, el desencadenamiento inevitable de las pasiones y el final, sin fin, de una rueda que marcha sin cesar, aplastando irremediamente ilusiones.

A nosotros, los judíos, nos descubrió que ese hombre desvalido, indefenso, lleno de defectos, feo, pequeño, encorvado, tonto, torpe, “pobrecito”, puede ser y de hecho es, cada uno de nosotros, y que aquel pequeño lugar –aquella aldea de unos pocos miles de individuos– repetido innumerables veces por la Europa central, aquel lugar al que los judíos dimos la espalda, deseosos de salir de su ahogo, albergaba tesoros que olvidamos en nuestro apuro, mientras cambiábamos la fe en Dios por la fe en el hombre, como en acción de trueque.

Cansados de un Dios que se volvió sordo, acudimos al mundo del hombre que nos llenó los oídos con falsas promesas de nuevas redenciones. A ellos, los gentiles, los otros, Bashevis Singer les enseñó a encontrarse en lo que aparentemente sentían extraño y ajeno. A ver en el hombre común su hermano. Una lección de piedad, pero sobre todo una lección de respeto por esos seres que pasan desapercibidos, sin pena ni gloria aparentes a los ojos de los demás y, sin embargo, cargados de penas muy reales y de glorias solo imaginarias.

El *Luftmensch*, el hombre que vive del aire de Bashevis Singer, es el mismo que flota por los aires de Chagall. Su humildad no lo libra de tener ideas descabelladas, esperanzas inútiles, pasiones

estériles. Sumidos en la sumisión y consumidos por ella, condenados de antemano a quedarse atrás, ellos son los últimos vestigios de un ayer que se hundió llevándose consigo, a pesar de sus rigores, la poesía, la melodía, la inspiración de vivir el uno con el otro y no como ahora: el uno entre los otros. Lo cotidiano en la narración de Bashevis Singer resplandece con sus fantasmas y sus monstruos, sus espíritus burlones que siguen conversando después de muertos como si la vida y la muerte no fueran tan diferentes. Sus diálogos son acerados porque fluyen directamente de las bocas de las gentes que le sirvieron como fuente de inspiración. Refranes populares relacionados con los sinsabores de la pobreza y la desesperanza contribuyen a que podamos probar un bocado que nos devuelva por un momento el sabor del yidish, que Bashevis Singer utilizó en su oficio de escritor, lenguaje fantasma como él mismo decía, el más adecuado para hablar de fantasmas.

Dice en un cuento una joven que nunca logra casarse: “si los deseos fueran caballos, los porqueros cabalgarían” (“*A Dance and a Hop*”, en Bashevis Singer, *The Collected Stories*, 1982). Los relatos se suceden por montones. Siempre hay algún mentiroso crónico al que hay que colocar en su justo lugar, o alguna vida con tantas vicisitudes que parecen inverosímiles, a pesar de ser genuinas. Una de ellas dice: “De mi vida podría escribirse no un libro, sino toda una literatura. Las películas de Hollywood son un juego de niños comparado con lo que me ha sucedido a mí”.

Bashevis Singer se ocupa de desenredar el hilo de la madeja, anudado y enlazado centenares de veces por muchas generaciones. Con cuidado sumo para poder dejar en claro cómo se produjo el drama que lo convirtió en tragedia. Escribe, primero, a las mismas gentes en las que se inspiró, no para que se reconocieran en esos escritos, sino para que se consolaran con su lectura diciéndose “hay quienes son más desgraciados que yo”. En ese entonces se publicaban sus relatos en el periódico yidish *The Jewish Daily Forward* que significa “hacia adelante”, “progreso”, de filiación marxista en su época.

Allí mismo, al lado de los artículos inflamados



ISAAC BASHEVI SINGER / ©ISRAEL PRESS AND PHOTO AGENCY

con la “revolución”, ese escritor dejaba estampa-da la nostalgia del *shtetl*, laboratorio de las experiencias humanas, de los sueños alocados del hombre, única libertad posible en el encierro de la realidad que, quieras o no, se vuelve cada vez más estrecha, mientras el mundo apurado marcha de transformación en transformación, intransigente, indiferente, sin contemplaciones para el rezagado.

Ese es el legado de Isaac Bashevis Singer, ojalá que el tiempo no lo borre también de la memoria de los hombres del mañana. ☹

Bashevis Singer, I. (1982). *The Collected Stories*. New York: Farrar, Strauss, Giroux.

*El ensayo sobre Isaac Bashevis Singer forma parte del volumen “El arte del vivir y el oficio de escribir” y otros ensayos de cultura y pensamiento, de Marianne Kohn Beker. Dirección editorial: Luz Marina Barreto. Coeditores: Toni Beker Vainrub, Ilana Beker Weinberg y Carlos Kohn Wachter. Ediciones Espacio Anna Frank. Venezuela, 2022.

27 DE ENERO >> DÍA INTERNACIONAL DE CONMEMORACIÓN EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

La Shoá desde la experiencia de Hannah Arendt: una mirada multifocal

"Después de la guerra, ya Arendt estaba convencida de que 'los campos de concentración eran el hecho que distinguía fundamentalmente a una forma totalitaria de gobierno de cualquier otra'. Para Arendt, ningún gobierno totalitario puede existir sin el terror, y ningún terror puede ser efectivo sin los campos de concentración"

CARLOS KOHN W.

I. ¿Por qué Hannah Arendt?

De padres judíos, la teórica de la política más prominente del siglo XX, nació en 1906, en Alemania, y murió en 1975 en Nueva York. Entre esas fechas, sus 69 años de vida transcurrieron de manera muy intensa, período que ella misma denominó: “los tiempos más oscuros del siglo XX”; –incluso, fue internada en un campo de concentración para mujeres judías en la Francia de Vichi (1940), por 7 semanas, del cual escapó gracias a su astucia, dos años y medio antes de que el 80% de las reclusas fueran enviadas a ser gaseadas en el campo de la muerte de Auschwitz-Birkenau, de cuya liberación se cumplió ayer 75 años (ver nota al pie). En vida, especialmente después de 1945, fue reconocida como una muy polémica analista de la política judía e internacional, y como crítica cultural, por sus numerosos ensayos publicados en diversos medios de comunicación en USA y Europa occidental. También en España, al colaborar; a petición del muy afamado filósofo José Ortega y Gasset, con la prestigiosa *Revista de Occidente*; empero desde finales de los años 80 del pasado siglo, y hasta hoy en día, es considerada, por muchos académicos, como la más controversial de entre los filósofos políticos del siglo XX.

Desde *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en 1951, hasta su inconclusa trilogía: *La vida de la mente* (1975-1977), en diversos países del mundo, incluyendo América Latina, su obra es leída y debatida en seminarios, simposios, congresos, etc., y en numerosos artículos en revistas periódicas de las más renombradas universidades, a tal punto que en la actualidad, hay unos 400 estudiantes, solo en España, elaborando sus tesis de pregrado, maestría y doctorado, sobre los muy diversos temas y aspectos de la obra de esta pensadora judeo-alemana.

II. El significado de los campos de concentración

A pesar de que a comienzos de 1943, Hannah Arendt, ya refugiada en Nueva York, pero todavía apátrida, estaba planificando escribir un libro que se adentrara en la “comprensión” del fenómeno totalitario, y las razones (*elementos*) de su aparición y “cristalización”, las noticias que comenzaron a llegar procedentes de Europa acerca de la ejecución de un plan para la solución final de la cuestión judía, por parte de los Nazis, fue algo que era muy difícil de aceptar; incluso, los intelectuales judíos, expatriados como ella, no lo pudieron creer en ese entonces. Al respecto, reproduzco unas breves frases de cómo Arendt reaccionó inicialmente a los reportes sobre el funcionamiento del campo de concentración de Auschwitz y de su brazo ejecutor: el campo de muerte de Birkenau.

“Al principio no lo creímos. Incluso aunque mi marido había dicho siempre, que no había nada que no pudiera esperarse (de los nazis). Esto, sin embargo, no lo creímos porque era innecesario desde el punto de vista militar, [...] Medio año más tarde, cuando se nos demostró, finalmente lo creímos [...] fue un auténtico shock. Antes de eso, uno se decía a sí mismo, bien, todos tenemos enemigos [...] Pero esto era diferente. Esto era, realmente, como si se hubiera abierto

un abismo. Porque uno siempre tiene la esperanza de que todo podría ser rectificado algún día, políticamente hablando, de que lo torcido podría ser enderezado. Lo sucedido (el funcionamiento de campos de exterminio), en cambio, no podría serlo. [...] No me refiero al número de víctimas, sino al método, la fabricación de cadáveres... Nunca debió permitirse que sucediera. Y lo que ocurrió fue algo con lo que ninguno de nosotros era capaz de reconciliarse” (Young-Bruhl, E. *Hannah Arendt. Una biografía*, Barcelona, edit. Paidós, 2006, p. 257).

Después de la guerra, ya Arendt estaba convencida de que “los campos de concentración eran el hecho que distinguía fundamentalmente a una forma totalitaria de gobierno de cualquier otra” (*ibid*, p. 277). Para Arendt, ningún gobierno totalitario puede existir sin el terror, y ningún terror puede ser efectivo sin los campos de concentración.

Por razones de espacio, no me puedo extender sobre este complejo tema, y solo puedo mencionar como características del régimen totalitario, que hace único al holocausto, la aplicación sistemática del terror y la imposición de un sistema en que los hombres son superfluos. (Véase. *ibid*, pp. 297-298) (Justamente, las víctimas fueron magistralmente descritos y denominados por Primo Levi como: “el *Muselmann*”); de modo que, según Arendt, (como condición primordial del “método”) el terror totalitario de los campos de concentración demolió todos los espacios que hacían posible el movimiento y la interacción humana. Tanto la libertad de pensamiento como la libertad de acción desaparecieron.

Arendt describió este dominio total sin precedentes, que conllevó a la Shoá, como “mal radical”, la agresión más extrema, esencial, a la que puede llegar el ser humano. (Véase. *ibid*, pp. 332 y sig).

III. La banalidad del mal

Tal vez, la más polémica de sus obras y que tuvo mayor impacto hasta el día de hoy, (sin lugar a dudas para el público no especializado), fue su libro *Eichmann en Jerusalén: un reporte sobre la banalidad del mal*, de 1963. (Una recopilación de sus 5 artículos publicados en la revista de difusión cultural: *New Yorker*, de ese mismo año, al haber sido la corresponsal designada por ese medio, para presenciar el juicio que se le efectuó, en Israel, durante el bienio 1960-1961, al teniente coronel nazi).

Según el Prof. Bolstein, acompañado por muchos académicos especialistas, y por sobrevivientes e hijos de sobrevivientes del Holocausto, este libro de Arendt, “es uno de los más honestos, y con una perspectiva objetiva, que he leído sobre el Holocausto” (Bolstein, L.: “*Liberating the Pariah. Politics, the Jews and Hannah Arendt*” en Berkowitz R. y otros: *Thinking in Dark Times*, New York, Fordham University Press, 2010, p. 162).

No obstante, esta obra fue muy cuestionada por los líderes e intelectuales judíos de las diferentes comunidades de la diáspora y del Estado de Israel, no solo por las críticas que ella dirigió a las formalidades del juicio, sino, sobre todo, por su conclusión de que Eichmann, al igual que buena parte de los líderes de los *judenräte* (consejos judíos de los *ghettos*), y muchos de los *kapos* judíos de los *lagers* de los campos de concentración, no fueron capa-



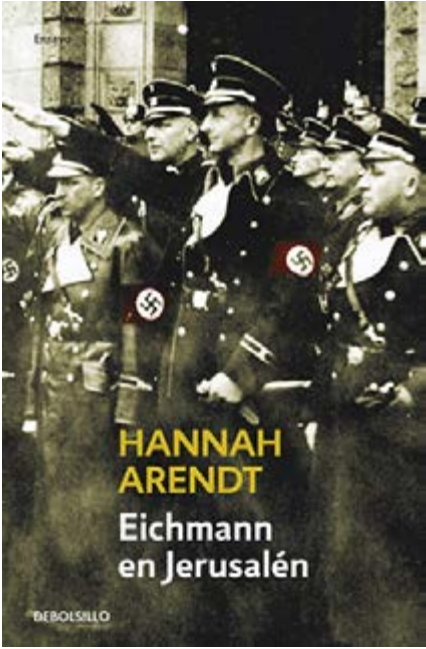
HANNAH ARENDT / YALE UNIVERSITY PRESS

ces de vislumbrar las consecuencias de sus actos; no reflexionaron sobre lo que significaría su colaboración al obedecer las órdenes burocráticas impuestas por el régimen; y solo fueron muy pocas las ocasiones en que consideraron transgredir dichas órdenes, pensando en otras posibles opciones; lo cual conllevó a Arendt a acuñar su muy famosa y polémica categoría, que aparece solo una vez dentro del texto original, pero la adoptó como subtítulo del libro: “la banalidad del mal”. Ello provocó que muchos filósofos y académicos judíos y no judíos, objetaran tajantemente esta denominación.

Tampoco aquí, debido al espacio del que dispongo, y lo complicado del tema, podré ahondar en la discusión acerca de si Arendt tenía o no razón al utilizar el calificativo de “banal” para describir un tipo de mal, según ella, el más extendido. Solo fijaré brevemente mi posición.

Pues bien, estoy totalmente de acuerdo con la interpretación actual (no la de sus primeros escritos sobre el tema) de Richard Bernstein cuando afirma “la banalidad del mal no describe el carácter y las motivaciones del ejecutor respecto de los hechos ocasionados por sus actos. [obviamente] (...), las acciones que cometió fueron monstruosas y por ellas tiene la plena responsabilidad [...], lo que sí describe realmente, [esta categoría concluye Bernstein, parafraseando a Arendt] es la incapacidad del perpetrador de pensar en las consecuencias que estos actos tendrían”. (Bernstein, R., “*Is Evil Banal? A Misleading Question*” en Berkowitz R. y otros: *op. cit.* pp. 134 y sig.)

Lo irónico del caso, es que justamente esta controversia fue la que motivó a



que muchos estudiosos del Holocausto, pero también de otros genocidios, masacres, movimientos de resistencia civil, etc., a indagar, a cuestionar, a ampliar los enfoques, de esta tragedia sin parangón, como lo fue la destrucción de la vida y de la moral del pueblo judío europeo; estudios que produjeron ríos de tinta (hoy diríamos millones de gigabites) en las más de 7 décadas siguientes.

Así, solo para mencionar una referencia, en 1964, el profesor de psicología de la Universidad de Yale, Stanley Milgram, habiendo leído los artículos de Arendt en el *New Yorker*, comenzó una serie de experimentos (repetido por él mismo y luego por otros) sobre “la obediencia a la autoridad”, cuyos resultados fueron alarmantes, aunque hoy ya no nos extrañarían, confirmando que la obediencia ciega (el “mal banal”) podría conlleva al castigo de “pena de muerte” a seres humanos inocentes.

IV. La respuesta que Arendt hubiera querido frente a la Shoá

En todo caso, *Eichmann en Jerusalén*, no fue la única obra que Hannah Arendt escribió sobre el Holocausto. Ya en sus artículos, de entre 1941 y 1950 (logró escapar de los esbirros nazis en 1933 y fue apátrida por 18 años) publicados en las revistas *Aufbau* y *Partisan Review*, entre otras, (traducidos y recopilados en, *Hannah Arendt: The Jewish Writings*, New York, Schocken Books, 2007), esta pensadora, analizó perspicazmente el tema y alertó sobre sus posibles consecuencias; y, más aún, propuso medidas concretas para la acción política por parte de las comunidades judías, tanto las directamente afectadas, como aquellas preocupadas por la suerte de sus correligionarios.

Por ejemplo, tan temprano como en noviembre de 1941, Arendt planteó la creación de “un ejército judío independiente”, argumentando que “el pueblo judío debe unirse a la batalla contra Hitler, como judíos, en formaciones militares judías bajo una bandera judía” (*Ibid*, p. 137). También celebró el “fenómeno” (así lo tildó ella) del levantamiento del *ghetto* de Varsovia; elogió a los judíos, de todos los países ocupados por los nazis, que se enrolaron como partisanos; y loó a la brigada judía de la armada británica (muchos de ellos, habitantes de Palestina), a los cuales calificó como, “componentes de la misma gran lu-

cha (...) la lucha del pueblo judío por su libertad” (*Ibid.*, p. 214).

Aunque se pudiera afirmar que sus palabras no eran más que mera retórica o exhortaciones del ‘deber ser’, no cabe duda que Arendt pretendía que se realizara la acción política, en cuanto, “el ejército judío puede al menos intentar reemplazar las ‘reglas del exterminio’ por las ‘reglas’ de la confrontación” (*Ibid.*, p. 160. Véase, también, pp. 201-205).

Más aún, la filósofa judeo-alemana se adelantó a muchos intelectuales que criticaban la actitud de complacencia, etc., de los líderes de los países occidentales que cerraron sus ojos ante el transcurrir del Holocausto judío, sin intentar minimizarlo: “La complicidad de los pueblos europeos se hizo trizas cuando, y porque, dejaron que su miembro más débil (los judíos) fueran excluidos y perseguidos”. (*Ibid.*, p. 274).

V. Mal radical, campos de exterminio y Holocausto

Por último, en su obra que mencionamos al comienzo: *Los orígenes del totalitarismo*, cuyo título original propuesto por la autora fue: *La carga de nuestro tiempo*, en la que hace un análisis magistral, a mi modo de ver aún no superado, del significado y propósito de los campos de exterminio. Para la pensadora judeo-alemana, fueron estos campos los que definen el carácter sui-generis del Holocausto, que lo diferencia de otros genocidios, masacres, etc., no es por razones étnicas, religiosas, ideológicas o utilitarias que 6 millones de judíos fueron exterminados, sino que una vez que la mano esclava de los campos de concentración terminó siendo inútil, ellos fueron llevados a las cámaras de gas, como materia vegetaliva desechable. Tal es la caracterización que Arendt hace del mal radical. Así, en agosto de 1950, sostuvo que: el “(...) sentido superior y su lógica y consecuencia absoluta (del mal radical) es hacer superfluo al hombre en la conservación del género humano, del cual pueden eliminarse partes en todo momento” (Arendt, H., *Diario Filosófico 1950-1973*, Barcelona, edit. Herder, 2006, p. 18)

En síntesis, a juicio de Hannah Arendt, los campos de exterminio, son la expresión más contundente de la Shoá: “Tales campos son la verdadera institución central del poder organizador totalitario” (Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, edit. Taurus, 2004, p. 534); sirvieron para recluir en ellos a todos los humanos considerados superfluos y organizar el modo de que fueran eliminados de la manera más científica y sistemática posible.

Sirvieron, no solo para erradicar la dignidad humana y exterminar a los reclusos, sino como laboratorio, tanto para pruebas fisiológicas, como para pruebas psicológicas de despojo de la identidad. La personalidad humana ha perdido tanto su autonomía (i.e., libre albedrío para tomar iniciativas), por lo que el hombre se ha transformado en objeto.

Sirvieron como instrumentos para lograr un *modus vivendi* complaciente, signado por la obediencia a la autoridad y la incapacidad de pensar en opciones para oponerse a las condiciones impuestas. En otras palabras, la adaptabilidad cada vez más obediiente, por parte tanto de victimarios como de víctimas, a las reglas totalitarias imperantes. No obstante, ella misma señaló que, la mera sumisión o complacencia no fue suficiente para el holocausto, contó con el entusiasmo del aparato nazi y de sus colaboradores de casi toda Europa.

Sin embargo, lo más importante y sorprendente (al menos en mi opinión) de sus conclusiones, fue su insistencia en el hecho de que *personas normales* pueden ser capaces de perpetrar genocidios monstruosos como el Holocausto, pero que también las víctimas son capaces de aceptar su destino como si fueran borregos en su ruta al matadero. Según Hannah Arendt, unos y otros han sido incapaces de reflexionar acerca de los efectos de sus actos, o en las consecuencias que habría de tener su falta de acción para evitar la muerte.

De allí su tesis de que son, los seres humanos normales, no los monstruos, los que han “banalizado” el mal. ☹

27 DE ENERO >> DÍA INTERNACIONAL DE CONMEMORACIÓN EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL HOLOCAUSTO

Simone Veil: estadía y regreso del otro mundo

Recopilados por David Teboul, *Amanecer en Birkenau* (Editorial Pre-textos, España, 2022) recoge testimonios de Simone Veil, quien durante trece meses vivió el horror de los campos de concentración del nazismo

NELSON RIVERA

Todos los infiernos tienen varios círculos
Monika Sznajderman

“Judíos, patriotas, republicanos y laicos”: así resume Simone Veil (1927-2017) el espíritu predominante en las dos ramas de su familia: los Jacobs, a la que pertenecía su padre, arquitecto; los Steinmetz, a la que pertenecía su madre, estudiante de Química que dejó inconclusos sus estudios.



SIMONE VEIL – ROB CROES / ANEFO

Simone Annie Jacob nace el 13 de julio de 1927, en Niza. Es la menor. Le han precedido Madeleine, nacida en 1923; Denise en 1924; y Jean en 1925. Se han trasladado de París a Niza buscando clientes para el pequeño estudio de arquitectura de André Jacob. Eran familias asimiladas por generaciones. La vida se hace en un entorno laico. Son tiempos en que la secuela del caso Dreyfus –una extendida opinión que rechaza el antisemitismo– todavía está vigente.

En 1929 el transcurrir de la familia sufre un vuelco: la crisis financiera mundial los alcanza. Se empobrecen. Van a vivir a un edificio sin calefacción ni ascensor.

“Mamá siempre cuidaba de quienes la rodeaban. Nunca la vi hacer nada solo para sí misma”. El padre es la figura de las reglas, la disciplina. Es quien impone y vela por los “principios educativos”, y quien promueve la cultura en el seno del hogar. “Los libros revestían una enorme importancia”. Cuando Simone cumple 14 años el padre se presenta con volúmenes de Henry de Montherlant y León Tolstoi.

Hasta la aparición del nazismo, salvo algún incidente de escasa relevancia, el antisemitismo no está presente en las vidas de esta familia. Piensa Veil que su padre no logró comprender, al principio, el peligro de lo que venía. Durante unas vacaciones, conocen a un joven filósofo, Raymond Aron, que les advierte de la gravedad del fenómeno nazi. También escuchan los testimonios de Oliver Freud (hijo de Sigmund Freud) y de Eva Freud (nieta), pero la conciencia del peligro no se activa sino de forma paulatina.

Cuando en junio de 1940 Mussolini declara la guerra a Francia, la vida familiar se disloca. Desde finales de los años treinta vivían en un modesto edificio construido por André Jacob: en ese lugar sobrevivían a la guerra.

En diciembre de 1941, un hermano ingeniero de André Jacob, es víctima de una redada de la Gestapo en París, que incluye a médicos, abogados y funcionarios. Milagro: lo liberaron y no fue deportado.

Veil se pregunta por qué –como tantas otras personas– no advirtieron la magnitud del peligro. Y responde: quizás las limitaciones económicas no les daban alternativa. “A partir de 1935, vimos llegar a los refugiados alemanes y luego austriacos (...) Realmente no entendíamos lo que nos contaban. Sus historias nos parecían inverosímiles. Ya hablaban de los campos de concentración, de las familias que habían recibido una cajita con cenizas (...) Hoy en día, lo que me sigue sorprendiendo es que no se prestara mayor atención al testimonio de aquellos refugiados y que el deseo de huir, cuando aún estábamos a tiempo, no fuera más acuciante”.

En septiembre de 1943 el mundo cambia radicalmente. Mussolini le entrega a Hitler el control de la zona. Las tropas italianas abandonan Niza. La Gestapo ocupa las instalaciones del Hotel Excelsior, en el centro histórico de la ciudad. “Entonces comenzó realmente la caza a los judíos”.

Debían presentarse a la comisaría y registrarse. La trampa perfecta. En la documentación estampaban una J: judíos. Una familia completa, vecinos de los Jacob, que incluía a dos niñas, fue detenida. Las alarmas se encendieron, irrevocables.

La mayor de las hermanas Jacob decide unirse a la resistencia, en la zona de Lyon. La directora del instituto avisa a la familia: han arrestado a dos alumnas judías. Simone debe quedarse en su casa. Algunos compañeros actuaban como correos: recogían los deberes, los llevan a los profesores y los traían de vuelta corregidos. Asis-

te a la biblioteca municipal con papeles falsos. Su hermana se marcha a vivir a casa de su profesor de química. Simone, a casa de su profesora de latín y griego. Veil recuerda la solidaridad sin interés que desplegaron miles y miles de familias francesas para proteger las vidas de niños y jóvenes judíos.

Las detenciones se multiplican. Se aproximan. La familia se hace de una documentación falsa.

Una tarde Simone está con dos compañeros en la calle. Paseaban: era el modo de celebrar que había finalizado el curso. Dos agentes alemanes, acompañados de una oficial rusa, los detienen. Los llevan al Excelsior. A Simone la acusan de portar documentación falsa. Entonces comete un error que la agobiará el resto de su vida: le pide a unos de sus compañeros –no judío– antes de ser liberado, que avise a su familia. La Gestapo le sigue. Esa noche toda la familia es arrestada.

Veil reflexiona, en este punto del relato, sobre la esperanza: “Necesitábamos tener esperanza en algo. Incluso en Auschwitz-Birkenau, más allá de toda lógica, manteníamos la esperanza. Desde un punto de vista racional, lógico, por muy convencido que estés de que no vas a volver, quieres creer que todavía hay una posibilidad”.

“Al ver a todas las personas que habían sido conducidas allí en pequeños grupos, detenidos en las calles de Niza o en sus casas, tuvimos la sensación de que la trampa se había cerrado. Estábamos entrando en la tragedia. La percibíamos, aunque no podíamos representárnosla. Nos dijeron que nos llevarían al campo de Drancy, pero no nos imaginábamos que ese campo era solo una etapa. Nuestro futuro se perfilaba paso a paso. Únicamente cuando llegamos a Drancy intuimos lo que nos esperaba después”.

El 6 de abril de 1944 los trasladan en tren a Drancy. Van Madeleine, Jean, Yvonne –la madre– y Simone. Los Jacob se mantienen juntos, aferrados unos a otros. Durante los días pasados en Drancy, pelan verduras. La comida empeora. La noche del 12 de abril, separan a Jean. Madeleine, la madre y Simone deben prepararse para partir al día siguiente. El 13 de abril de 1944 las empujan dentro de un vagón abarrotado. No se puede respirar. Nadie puede tumbarse. Hay un balde inmundito, a la vista de todos, que los deportados deben turnarse para usar.

En medio de aquella adversidad, la condición humana adquiere su protagonismo. Aparecen los que protegen a los más débiles. Los que pisotean a los demás. Los que vuelcan su ansiedad sobre otros. Los que roban. Los que se vinculan para compartir un pedazo de pan o unas palabras de aliento. En el hacinamiento del tren, las condiciones psicológicas eran peores que las del campo. Simone insiste: la lucha de las Jacob tenía su núcleo en el propósito de mantenerse juntas.

Dos días y medio después llegan a Auschwitz. Es de noche. Desorientados, abrumados por la intensidad de los focos, rodeados de uniformados y perros que ladran enloquecidos y muerden. Los altavoces ordenan: en filas de a cinco.

“Entre ellos estaba Mengele, cuyo rostro jamás olvidaré” (*).

Simone se acoge a un consejo que escuchó en el aire: dijo que tenía 18 años. A continuación, separan a los hombres de las mujeres. De seguidas, a niños y ancianos. Las tres permanecen juntas. Avanzan en la oscuridad, hacia una especie de hangar vacío. Luego de la requisita, al amanecer, en fila hacia un mostrador donde les tatuaban un número en el brazo. “Habíamos sido arrancadas del mundo”. Después, desnudas a las duchas. A continuación, se les ordena vestirse con harapos infectados de parásitos. Lo siguiente: el corte del cabello. El programa de deshumanización.

Unas mujeres preguntan a un *kapo* por sus familiares. El hombre gira su rostro hacia la columna de humo. “El humo es lo que queda de ellos”.

Y el olor. El imborrable olor de los cuerpos calcinados. El olor que persigue para siempre.

La brutalidad de las guardianas. El objetivo de desmoralizar. Las madres que habían perdido a sus hijos morían más rápido. “Estábamos petrificadas”. Los barracones. Cinco o seis mujeres por catre. Tras el recuento nocturno, se hunden en el sueño. A las cuatro o cinco de la mañana, las levantaban. A descargar vagones llenos de piedras. Cargaban sacos de cemento o piedras en angarillas sin ruedas. Si escogían piedras muy pequeñas, las golpeaban. La selección de las piedras era asunto de vida o muerte: grandes, pero no hasta el extremo de que el esfuerzo de transportarlas las dejara sin fuerza.

Los rumores se hicieron más persistentes a partir de junio de 1944. Conversaban. Se decía: los aliados están cerca. “Muchos deportados recuerdan el papel esencial de esas conversaciones. Dicen que los mantuvo en pie”.

“En el campo, la procedencia, la nacionalidad, las circunstancias de la detención importaban mucho (...) En Auschwitz-Birkenau, percibí la división entre judíos y no judíos, pero había otra forma de solidaridad, muy fuerte, que se basaba en la nacionalidad o el idioma”.

Para Veil la mayor fuerza la constituía su familia. “Incluso en los momentos más difíciles permanecimos juntas, hasta que en marzo de 1945 mamá enfermó gravemente. Hasta entonces, habíamos estado juntas hora a hora, jornada a jornada. Mamá mostró una entereza, un ánimo excepcionales. Siempre estaba dispuesta a animarnos, a decirnos que sobreviviríamos, que teníamos que sobrevivir, que teníamos que aguantar”. No solo la madre, también Madeleine resistía. Ninguna de las dos se quejaba. Ninguna de las dos usaba palabras violentas. Ninguna de las dos se convertía en una carga para las demás.

Tras la muerte de la madre, en Berger-Belsen, a Madeleine y a Simone las trasladan a unos cuarteles que habían sido abandonados por las SS húngaras. Era un centro de reagrupamiento, al que llegaban mujeres de distintos lugares, en su mayoría francesas.

Simone cuenta un incidente, pero aclara: no participaba en peleas. No la agredían. Lo común es que la protegieran, que la ayudaran. En el campo no se debía estar solo, especialmente, a medida que la salud se deterioraba. En situaciones extremas debías contar con alguien. “Por ejemplo, entre Auschwitz y Gleiwitz, en el momento de la gran evacuación, caminamos bajo la nieve a lo largo de setenta kilómetros, con un frío terrible. Personas que estaban exhaustas se aprovechaban de la debilidad de mamá para aferrarse a ella. Dado el estado en que se hallaba, no era capaz de ayudar a nadie en absoluto, se habría desplomado a los pocos metros. También había que evitar que le robaran la poca comida que tenía. No solo no estaba en condiciones de defenderse, sino que creo que en el fondo ya no quería luchar para que le quitaran la sopa. Y en ese mundo, si no luchabas, estabas acabada. La gente pasaba por tu lado e intentaba robarle la bufanda, el abrigo o simplemente la cuchara o incluso el cuenco en que estabas comiendo. Pero aun así seguía existiendo un fuerte sentimiento de solidaridad entre nosotros. Nadie habría atacado jamás a una persona cercana”.

Para referirse a las gendarmes, Veil usa la palabra *stubowas*. Eran durísimas, ásperas, iracundas, siempre al filo del próximo estallido en contra del cuerpo de las presas. Víctimas también, muchas de ellas provenían de familias que habían sido arrasadas por los nazis. Sin embargo, en medio de aquella atmósfera construida para ejercer el odio, a veces, ciertas formas de amistad aparecían de forma insospechada. Encontraban a otras mujeres que habían conocido en la escuela o en el pueblo o con las que habían coincidido en el pasado, lo que abría un resquicio para proteger, impedir el empeoramiento de las condiciones e, incluso, para preservar la vida.

(Continúa en la página 6)

Simone Veil: estadía y regreso del otro mundo

(Viene de la página 5)

Con 16 años y medio, Veil dice que logró conservar su rostro humano. Por aquí y por allá, de forma imprevisible, aparecían personas que la ayudaban. Una joven judía sobreviviente del gueto de Varsovia, tenía unos privilegios por ser arquitecta. Le regaló unos vestidos que le hacían sentir que algo de su dignidad se mantenía a flote. Una de las jefas del campo, polaca, de quien se decía que había sido prostituta, se propuso protegerla. Le informó que la enviarían a Brobeck, donde funcionaba una fábrica de Siemens, ubicada al lado de Birkenau. Veil le respondió que no podía separarse de su hermana y su madre.

“Cuando nos trasladaron de Auschwitz a Brobeck, nos condujeron a un pequeño edificio a la salida del campo. Tuvimos que desnudarnos. Me di cuenta de que se trataba de una visita médica. Reconocí al médico que inspeccionaba a los recién llegados cuando bajaban del tren. Más tarde supe que era Mengele. Nos presentamos ante él, una tras otra. Empujó a mamá a un lado a raíz de su extrema delgadez y de las heridas mal cicatrizadas de la operación que había sufrido. Sentí una angustia terrible, pero duró poco, porque Stenia intervino inmediatamente. Le dijo a Mengele que estábamos bajo su protección personal. Insistió en que las tres juntas fuéramos a Brobeck”. Fueron enviadas las tres, donde la alimentación era todavía más precaria, pero donde las disciplinas bestiales de las SS no existían. Llegaron a Brobeck días antes de que Simone cumpliera 17 años. Allí estuvieron entre julio de 1944 y enero de 1945.

Al llegar a Brobeck la asignaron a la cocina. La disciplina fabril era menos severa. Había la posibilidad de moverse dentro de las instalaciones. Conoció a jóvenes que, protegidas por un médico, habían logrado escapar de los experimentos de Mengele. El día de su cumpleaños, 13 de julio, recibió de regado un pan y un trozo de salchichón que le obsequió un soldado de las SS.

En enero de 1945, tras los inocultables avances del Ejército Rojo, comenzó la evacuación de todos los campos de Auschwitz-Birkenau. Fue entonces cuando hizo la caminata bajo la nieve, de 70 kilómetros, hasta Gleiwitz. Durante la marcha, algunos escaparon. A Simone se lo propusieron. Pero ella se negó: no podía abandonar a su madre. “Recuerdo aquellos tres días de evaluación como el *Infierno* de Dante”. Los caminantes que iban quedando rezagados caían extenuados en la nieve y morían, cuando no eran rematados por los SS que avanzaban en la retaguardia de la marcha. Había *kapos* que acosaban a las mujeres. El hambre cundía. El miedo también: “Los miembros de las SS temían más que nosotros el avance ruso. Nadie esperaba salir vivo: nosotros, porque pensábamos que los hombres de las SS nos matarían; ellos, porque pensaban que los soviéticos los matarían a su vez”.

A continuación –seguimos en enero de 1945–, los subieron en las plataformas de un tren para el transporte de maderas: ni techo ni paredes laterales. Un viaje de ocho días, en condiciones de total indigencia. Sin abrigo, sin comida, sin agua. Al pasar frente a los suburbios de Praga, desde los balcones les lanzaban barras de pan. El tren sigue hacia Austria. Raspaban la nieve con los cuencos para beber unas gotas de agua.

El 25 de enero llegan al campo de Mauthausen (que era una gigantesca estructura formada por casi 100



AUSCHWITZ / CREATIVE COMMONS

Golpes, bofetadas

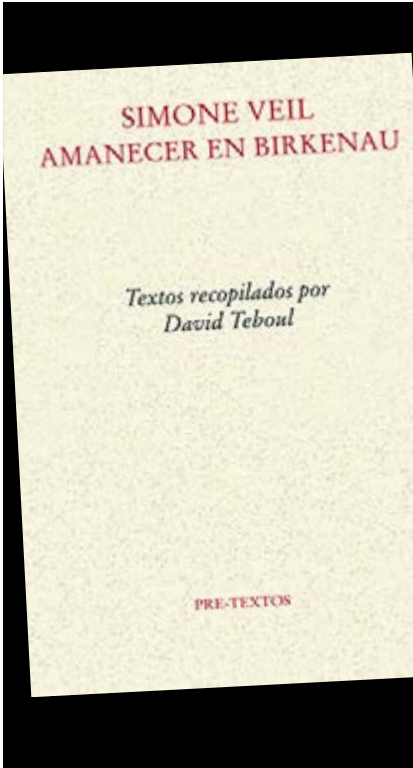
SIMONE VEIL

Dos o tres veces me pegaron con violencia las SS a causa de la comida. Una vez cuando estábamos en Dora. Pasamos allí solo dos horas tras haber bajado de los trenes que habían cruzado Checoslovaquia, Austria y Alemania, y en los que había muerto tanta gente. Dora era un campo espantoso. A las mujeres nos habían conducido a un barracón algo aislado a la entrada del campo. Algunas francesas, al enterarse de que sus compatriotas estaban allí, vinieron a vernos con sopa. Seguramente ocupaban puestos de responsabilidad, no eran obreras que trabajaban en los túneles de Dora, y cuya tasa de mortalidad era tan elevada. Esas francesas, decía, nos trajeron sopa, y luego llegaron las SS. Al ver la sopa, una ayudante de las SS me preguntó quién nos la había dado. “No lo sé, estaba allí encima...”, le dije. Era la única respuesta posible. Así que recibí algunas bofetadas, algunos golpes, eso formaba parte de la vida en el campo.

En otra ocasión me dieron una fuerte paliza porque robé azúcar de las cocinas de las SS. La necesitaba absolutamente para mamá. Me pilló un miembro de las SS que me golpeó, pero no me quitó el azúcar, y eso era lo único que me importaba. A muchas de mis compañeras, por haberse desplomado de cansancio mientras pasaban lista, las levantaban a golpes. Nosotros tuvimos la extraordinaria fortuna de ser tres. En cualquier momento, una u otra podía ayudar a la que se tambaleaba. Sufrimos mucho por el estado de nuestra madre, pero para ella ver a sus hijas en semejante situación fue sin duda aún más doloroso. ☹

campos; el campo donde estuvo Simon Wiesenthal), ubicado en la Alta Austria. A continuación, al campo Dora (campo que incluía una fábrica de misiles), por un día. Hasta ese momento, la mitad de los pasajeros había fallecido en el trayecto. A continuación, rumbo a Berger-Belsen. Simone no viaja sola: forma parte de un grupo de 35 mujeres que viajaban juntas desde Brodeck.

Rallar patatas bajo presión y en condiciones de trabajo forzado. La amenazan con expulsarla de la cocina. Veil se ha preguntado si aquel trabajo no era peor que el transporte de piedras en Auschwitz-Birkenau.



“En Berger-Belsen fue abriéndose paso en nosotros una certeza: tarde o temprano moriríamos. Ese pensamiento estaba en la mente de todos. Llegado cierto momento, cada uno se decía que ya no lo soportaba. Y sin embargo, aunque muchos deseaban acabar con todo, muy pocos se suicidaron”.

No había comida. El campo estaba abarrotado. No había cómo lavarse. El tifus y la disentería se expandían sin control. Simultáneamente, mientras el tiempo parecía desbocado hacia la propia muerte, el sentimiento de que la liberación llegaría pronto también se propagaba. Pero muchos simplemente esperaban la muerte. “Percibí que así era en el caso de mamá”. Las tres se enferman. En algún momento a finales de enero o comienzos de febrero, se produjo la muerte de Yvonne Steinmetz, su madre. “Ya no teníamos conciencia de las fechas”. La hermana, cada vez más debilitada, parecía seguir el camino de la madre. Simone le hablaba: tienes que comer, tienes que resistir.

En mayo de 1945, Simone y Madeleine fueron rescatadas y repatriadas. “Una frontera separaba a los seres humanos: estaban los que habían regresado de los campos y estaban los demás”.

“Me sentía profundamente humillada por la curiosidad de la que yo era objeto y la duda que leía en los ojos de los demás. Esas miradas envenenaron mi regreso”.

“La experiencia de los campos deja una huella instintiva, algo sensorial, indeleble, que es muy difícil de explicar. Durante mucho tiempo tuve miedo de entrar en una comisaría, tuve miedo de toparme con un uniforme, de cruzar una frontera. Como si yo ocultase algo”.

A las semanas de regresar, Simone supo que había aprobado los exámenes que había cumplido el día en que fue detenida. Hizo estudios de Derecho y de Ciencias Políticas. Se casó con Antoine Veil en 1946, judío como ella y su compañero en los estudios de Ciencias Políticas. Tuvo tres hijos. Hizo una larga carrera como funcionaria del Estado francés. Trabajó en el Ministerio de Justicia. Luego fue secretaria general del Consejo de la Magistratura. Fue ministra de Sanidad entre 1970 y 1974. Miembro del Parlamento Europeo entre 1979 y 1993. Presidenta del mismo entre 1979 y 1982. En 1993 fue designada ministra de Asuntos Sociales, Salud y Urbanismo, cargo en el que se mantuvo hasta 1995. A partir de 1998 y hasta el 2007 fue miembro del Consejo Constitucional de Francia. En 2008 fue elegida a la Academia Francesa. Falleció en junio de 2017, a la edad de 89 años. En una ceremonia que tuvo lugar el 5 de julio de 2017, el presidente de Francia, Emanuel Macron, anunció que Simone Veil y Antoine Veil serían trasladados al Panteón de París. El traslado se realizó el 1 de julio de 2018.

Solo queda añadir: Simone Veil venció a la muerte.

El olor de los cuerpos quemados

SIMONE VEIL

En mi caso, aquel período duró trece meses en total; en el de otros fue mucho más largo. Es algo que no puede compararse con ninguna otra cosa. Nos habían arrancado de cuajo de toda existencia normal, y yo diría que de cualquier experiencia imaginable, creíble y narrable. Vivíamos dentro de un paréntesis absoluto. Con el tiempo, en ocasiones he oído decir: “Me recuerda a los campos...”. Nada puede parecerse a los campos. A veces me asalta una imagen, una percepción sensorial. Pero nada puede parecerse a los campos. Nada. Ese horror total no se asemeja a nada que pueda leerse o acerca de lo que escribir.

Hoy en día, quien visita el emplazamiento de Auschwitz ve hierba y árboles. Los prados están cuidados, los edificios se ha-

yan en buen estado, con una bonita pátina de color. Incluso la alambrada parece inofensiva. Uno no se da cuenta de que en cada torre de vigilancia había hombres de las SS con ametralladoras. Lo que se ve hoy allí no se parece al campo. En absoluto. De todas formas, lugares así no transmiten las sensaciones físicas. El campo era el olor de los cuerpos quemados, una chimenea cuyo humo oscurecía el cielo, barro por todas partes. Trastabillábamos en ese barro con los pies enfundados en botas de agua. En cuanto a los árboles, solo los veíamos a lo lejos. Los hombres de las SS y los *kapos* no te quitaban ojo, listos para golpearle con sus porras de goma. Aquí y allá, entre los barracones, deambulaban seres que habían quedado reducidos casi a cosas. Era difícil verlos como seres humanos. Eran deportados que habían llegado a un estado de extenuación total. Los llama-

ban “musulmanes”. Aquellos esqueletos vagamente cubiertos de harapos yacían en el suelo hasta que a fuerza de golpes les obligaban a levantarse.

Volví de los campos profundamente desorientada. A muchas de mis compañeras les ocurrió lo mismo. Nos resultaba difícil hacernos entender. Habíamos regresado de otro mundo, y todo parecía, no diría que absurdo, porque éramos nosotras las que habíamos vivido en el absurdo y luchábamos por volver a un mundo normal. Ninguna comparación tiene sentido. Más que un recuerdo, es un sentimiento: el de haber pasado al otro lado del ser humano. Se llega a tal nivel de humillación que a partir de entonces todo te resulta insoportable. Sobre algunos temas se vuelves hipersensible. Alcanzamos ese nivel de humillación nada más llegar a Auschwitz-Birkenau. Estuvimos encerradas durante horas

en un cuarto donde no había nada, nos lo quitaron todo, acabamos desnudas. Tuve suerte porque, por lo general, había que estar rapada. Algunas mujeres a mi alrededor lo estaban, pero yo no. Sin embargo, nos rasuraron todo el cuerpo. Nos tatuaron. Nos encerraron en una habitación que parecía una sauna. Allí permanecimos durante horas, para una supuesta desinfección. Nos sentamos en las gradas, desnudas, expuestas a los comentarios de las carceleras, a quienes una les parecía demasiado delgada, otra demasiado gorda, una tercera más o menos guapa o fea. Éramos como ganado, nos palpaban, nos escuchaban, nos manoseaban, sin dignarse a dar una explicación. ☹

**Amanecer en Birkenau.* Simón Veil. Textos recopilados por David Teboul. Editorial Pre-Textos. España, 2022.

HISTORIA >> HABLA BENJAMIN NETANYAHU

La autobiografía de un primer ministro

Nacido en 1949, Benjamin 'Bibi' Netanyahu ha sido militar activo, consultor del ámbito económico, experto y autor de varios libros sobre el terrorismo, ministro de Finanzas, ministro de Relaciones Exteriores y varias veces primer ministro, cargo que ocupa actualmente

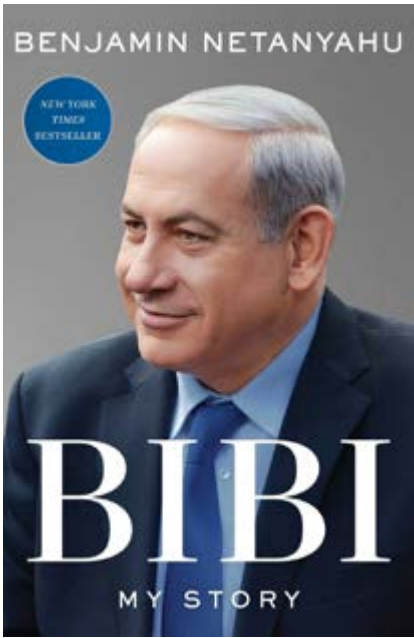
RICARDO BELLO TOLEDO

La importancia de la familia no puede subestimarse en un judío. Benjamin Netanyahu o Bibi, como se le conoce, electo primer ministro de Israel en las elecciones del pasado 1 de noviembre, no es una excepción. Su padre, Benzion Netanyahu fue el más serio historiador del mundo sefardita español y autor de una obra voluminosa y controvertida, entre la cual destaca *Los orígenes de la Inquisición en la España del siglo XV*, editor además de la *Enciclopedia hebrea* y dirigente sionista mundial, discípulo de Zeev Jabotinsky, mentor de Menachem Beguín, primer ministro de Israel en 1977, el artífice del Acuerdo de paz firmado con Anwar el-Sadat. Pero también debemos señalar que el otro mentor del padre de Bibi fue Joseph Klausner, autor de varios libros sobre el origen del cristianismo y tío del narrador israelí más conocido del siglo XX, Amos Oz. Todas personalidades destacadas en su entorno profesional que suben el horizonte de expectativas de lo que cualquier persona en tal círculo familiar decida hacer con su vida. Sin mencionar que el hermano mayor de Bibi fue Yonatan Netanyahu, el comandante de las fuerzas especiales israelíes que rescató a los pasajeros del avión de Air France secuestrado por terroristas alemanes y palestinos en 1976 y desviado a Entebbe. Jonatan falleció ese mismo día por los disparos recibidos en la misión de rescate. Bibi siguió los pasos de su hermano, y como todo israelí hizo su servicio militar y fue aceptado en la Escuela de Oficiales de la Sayeret Matkal, la unidad de comandos élite del ejército israelí. Su formación académica fue destacada, vivió de niño en Philadelphia, en los Estados Unidos con su familia y después de sus años en el ejército, regresó a Boston, donde terminó sus estudios de Arquitectura. Luego se graduó con honores en la Sloan School of Management del Massachusetts Institute of Technology, y trabajó varios años en una de las más importantes empresas de consultoría empresarial de New England, forjando amistades con futuros líderes políticos norteamericanos. Regresa a Israel, trabaja unos años en el sector privado y comienza su vida política en 1982, al ser nombrado jefe de misión de la Embajada de Israel en Washington a los 33 años de edad.

La autobiografía de Benjamin Netanyahu, titulada *Bibi: My Story*, salió publicada a mediados de octubre, dos semanas antes de las últimas elecciones, y aunque parezca que la fecha de publicación no haya sido intencional, pues aprovechó el tiempo que pasó en la oposición en 2020, libre de las responsabilidades de gobierno, para escribirla, es indudable que logró un efecto en el electorado



BENJAMIN NETANYAHU / ENCICLOPEDIA BRITÁNICA



de su país. Las autobiografías de los dirigentes políticos israelíes son profusas. Golda Meier, la primera mujer jefe de gobierno en 1971, escribió la suya; cuenta su emigración de Kiev, entonces parte del Imperio ruso, a los Estados Unidos y luego en 1921 a un kibbutz en Israel para empezar a subir en la jerarquía del partido político de David Ben-Gurion. Menachem Begin también escribió una: *The Revolt*, que relata la lucha insurreccional contra los ingleses antes de la Declaración de Independencia en 1948. Moshe Dayan, Abba Eban, Ariel Sharon, casi todos los dirigentes fundamentales han escrito su versión de la historia, contribuyendo a la intensidad de la vida política israelí, una sociedad politizada como pocas en el mundo occidental. El libro de Bibi parece haber sido escrito más bien para el amplio mercado norteamericano de biografías políticas: la primera edición salió en inglés y casi simultáneamente la traducción al hebreo. El libro tiene más de publicidad que el de Golda Meier, por ejemplo, más humana al recordar sus errores políticos (la Guerra del Yom Kippur) y sus debilidades personales, pero el de Bibi sigue siendo interesante, como casi toda buena interpretación del punto

de vista israelí realizada por líderes con experiencia política.

A veces el libro raya en la autocomplacencia, pero los logros de sus gobiernos anteriores son innegables. El más importante fue comenzar una verdadera revolución económica cuando era ministro de Finanzas durante el gobierno de Ariel Sharon. Su objetivo siempre fue transformar a Israel en una economía de mercado, privatizando bancos, compañías aéreas, de telecomunicaciones y muchos otras en manos del Estado, creado en 1949 bajo una línea socialista. En el 2003 el sector público era responsable de más del 50% del PIB nacional, uno de los más altos del mundo desarrollado, y aplastaba al sector privado con impuestos altísimos. El camino al crecimiento económico y a la reducción del déficit fiscal pasaba por reducir el peso del sector público, fortalecer el privado y eliminar las barreras a la competencia empresarial. Tenía fuertes enemigos internos, empezando por la poderosa Histadrut (la Federación General de Trabajadores de Israel) que paralizó el país durante semanas pidiendo su dimisión e intentando mantener el control sobre las pensiones de los jubilados. Bibi subió la edad del retiro, lo mismo que quiere hacer Macron en Francia y no ha podido lograr, y entregó el manejo de los fondos a profesionales de las finanzas. Modernizó la infraestructura de transporte en el país, permitiendo que mucha gente abandonara las ciudades, donde el precio de las viviendas era mucho más caro, y pudieran mudarse al interior. Y liberó todas las restricciones para el flujo de divisas al exterior, lo que permitió a las empresas israelíes acceder al mercado internacional y desarrollar suficiente músculo financiero para soportar la segunda intifada y la caída del índice Nasdaq en 2002. Mucho se ha escrito sobre la transformación de la economía israelí a partir de su mandato, al punto que poco después Israel se transformó en el tercer país con más empresas registradas en el Nasdaq,

“
Obviamente
nadie queda
mal con su
conciencia
y Bibi no es una
excepción”

logrando obtener la calificación de riesgo AA por parte de S&P, solo alcanzada por otros 14 países. Francia y Corea del Sur la tienen, por ejemplo, pero España no.

El problema palestino era complicado, todavía lo es, y lo intentó abordar de una manera diferente. Consciente de que los países árabes no aceptaron en 1947 los linderos del Estado palestino propuestos por la ONU, pensó en otra forma de fortalecer la seguridad de su país. Primero analiza lo ocurrido en septiembre del 2000, cuando Ehud Barak, entonces primer ministro, le ofreció a Yaser Arafat el 92% de toda Judea y Samaria para el Estado palestino, oferta que subió luego al 96% del territorio, y a Jerusalén este como su capital. Arafat no aceptó la oferta, uno de sus peores errores, y desató poco después la segunda intifada. Bibi se propuso entonces cuatro tareas fundamentales: anular el Acuerdo con Irán firmado por el presidente Obama, que Trump deshizo, luego de conocer los resultados de la misión encubierta del Mossad que sacó de Irán el secreto mejor guardado del país: 55.000 páginas y 183 CD's con toda la información sobre el enriquecimiento de uranio realizado; lograr que los Estados Unidos reconocieran a Jerusalén como capital de Israel, así como la soberanía sobre las Altu-

ras del Golán y algo más importante, a su juicio, que consumir una negociación directa con los palestinos, a saber, alcanzar acuerdos de paz con los países árabes más importantes de la región y convertirlos en aliados a la hora de cualquier negociación con la autoridad palestina. Comenzaron entonces los acuerdos de normalización con los Emiratos Árabes Unidos, Baréin, Sudán y Marruecos, además de las ya iniciadas anteriormente, Egipto, Jordania y ahora más recientemente, el Líbano, bajo el gobierno del primer ministro saliente, Yair Lapid.

Nos hubiera gustado que Netanyahu hablara más de sus lecturas, de sus influencias intelectuales. Apenas menciona una novela sobre la guerra cibernética, recomendada por un amigo, exoficial de las Fuerzas Armadas israelíes, pero sin decir el título. Me imagino que es *Ghost Fleet: A Novel of the Next World War* de P.W. Singer y August Cole, pero no estoy seguro. Y los libros de Will Durant sobre la historia de las civilizaciones, que le permitieron hacer contactos con dirigentes extranjeros, lectores asiduos también del filósofo e historiador norteamericano. Las novelas siempre ofrecen perspectivas nuevas para entender el presente y no solamente desde el punto de vista tecnológico, como lo puede atestiguar el MIT con la ficción de William Gibson, sino para enfocar y mejorar nuestra capacidad de análisis social.

Obviamente nadie queda mal con su conciencia y Bibi no es una excepción, nunca dirá algo malo sobre sí mismo. El periodista israelí Ben Caspit publicó hace unos años el libro *The Netanyahu Years* que ofrece otro ángulo interesante. De acuerdo a Caspit, Bibi es por definición un republicano clásico, tanto en valores como en su visión del mundo. De haberse quedado en los Estados Unidos y de no haber renunciado a su nacionalidad norteamericana al comenzar a trabajar en la Embajada de su país en Nueva York, nacionalidad que obtuvo por los años de su infancia en Philadelphia, seguramente hubiera sido un político republicano exitoso. Por eso se llevó tan bien como Trump y tan mal con Obama. Netanyahu sería algo así como la gran esperanza blanca de la derecha israelí, un Neocón del Medio Oriente, dueño de una gran ambición de poder y una voluntad única para alcanzarlo. Buen orador y capaz de debatir con los mejores, al punto de convertirse desde joven en el portavoz del Gobierno israelí, debatiendo frente a las cámaras de televisión y sin esfuerzos con interlocutores más experimentados como Edward Said, vocero del campo palestino. Clinton, exasperado, supuestamente exclamó al terminar una reunión con Bibi: “*Who the fuck does he think he is? Who’s the fucking superpower here?*” Su reto más importante será minimizar el poder de los ultranacionalistas religiosos, representados por Itamar Ben-Gvir y sus posiciones extremistas, que le han hecho enfrentar cargos de racismo contra los árabes. Y mas difícil aún le será escoger al ministro de Defensa, no solo porque esa persona tendrá a su disposición las mayores agencias de inteligencia del Estado, sino porque controlará también las muy lucrativas industrias de armamento y las millonarias licencias de exportación de sus productos.

Es de esperarse mayor oposición de los grupos islámicos más radicales que hacen vida en la Franja Occidental y una creciente ola de atentados, otra verdadera epidemia de crímenes políticos contra los que tendrá que lidiar el nuevo Knesset o Congreso con mayor presencia de la derecha en toda la historia del país. Pero así como algunos llegan a la locura de pensar que cualquier apoyo a la causa palestina es equivalente al antisemitismo, lo mismo puede decirse de los que se niegan a reconocer los problemas de seguridad y la propia existencia del Estado de Israel, sin hundirse en un antisemitismo real. ☛

PROTAGONISTA >> JOSEPH RATZINGER / BENEDICTO XVI

¿El último papa de Occidente?

El texto que sigue fue escrito antes de que se produjera el fallecimiento de Joseph Ratzinger – Benedicto XVI –, el 31 de diciembre de 2022

HARRYS SALSWACH

No es de extrañar el alivio de muchos cuando Ratzinger muera. Ya son 94 años. La frase usual “que descanse en paz”, esta vez será para quienes lo sobrevivan. Sesenta años lleva Ratzinger advirtiendo la debacle de Occidente e intentando que Europa le haga frente a la descristianización, al relativismo y al nihilismo, que es decir casi lo mismo. Es de cuidado cuando algunos ateos y laicos comienzan tanto a temer como a estar de acuerdo con el pronóstico acertado. Y es que ya es tarde, eso que llamamos Occidente se desmorona y no quedarán ruinas sino escombros. A la par de la pérdida de la fe, la desintegración de la sociedad y de toda una cultura.

El libro del italiano Giulio Meotti es un ensayo documentado con la rigurosidad de un periodista interesado en algo más que hacer inventario de bragas y calzoncillos, y un formado en filosofía que no cae en la indefinición de lo fluido. *¿El último papa de Occidente?*, publicado por Ediciones Encuentro, es un sucinto recordatorio del “se los vengo diciendo” de Joseph Ratzinger a lo largo de medio siglo. Meotti cita a Ratzinger y reviste de contexto cada cita, brinda el espacio y ánimo en el que fueron pronunciadas o escritas las reflexiones de Ratzinger y Benedicto XVI, las ordena según la preclaridad, idoneidad, firmeza y urgencia a medida que lo anunciado, lo avizorado, lo previsto va dejando atrás lo probable para inscribirse en el tiempo de lo sucedido e irremediable.

La habilidad para ir al punto, la destreza para que cada línea informe, contenga datos y cada párrafo sea portador de una idea, le viene a Meotti por el oficio de periodista curtido en distintos medios internacionales y, la claridad discursiva, la circunspección analítica, la diafanidad en el desarrollo de las ideas, y la incontestable argumentación que hace de cada capítulo la habitación independiente de una casa ordenada y elegantemente decorada, le viene a Meotti por su formación filosófica. Conoce el pensamiento de Ratzinger. De esta manera, *¿El último papa de Occidente?* es un libro hondo y preciso, no se evapora en abstracciones ni se exploya como plastilina en superficialidades.

Ahora que nos ha dado por preguntarnos (y muchos con asombro) por qué se tambalean las democracias (aunque Tocqueville lo haya dejado claro hace unos doscientos años) sería un ejercicio de humildad darle la oportunidad, en su lecho de muerte, a uno de los hombres más brillantes del siglo XX (sino el más) para que nos explique –de nuevo– cómo llegamos a esto. A dejar atrás, en el olvido, en el trastero de la ignominia, eclipsado por la estupidez hedonista y la soberbia de la tontería, a Dios y con Él, toda la savia espiritual que nos constituye, nos define, nos sustenta y ordena, para cambiar el legado cultural grecolatino y judeocristiano, toda la belleza ascendente, por la posición de la langosta sobre una esterilla acolchada, el consenso multipluralista, interseccional, empático-sostenible y cuanta vaguería emerge del malabarismo intelectual nihilista, mientras los pocos que recuerdan que mientras fuimos son acallados, o lo hacen para avergonzarse y ganarse la complacencia de la turba multa. Interrogarse por qué se tambalean las democracias es solo re-

tórica si se espera como respuesta errores procedimentales.

Las palabras de Ratzinger se abren camino en poco más de un centenar de páginas, y Meotti las sigue, comenta y enmarca en su inmediatez y alcance históricos, las acompaña con las voces que las criticaron más allá de la fe y otras que, más acá de la teología coincidieron con su lucidez: desde Alain Finkielkraut, Rémi Brague, Václav Havel, Alasdair MacIntyre, Von Tugendhat, Michel Novak, Peter Seewald, hasta nombres improbables como los de Michel Houellebecq, Michel Onfray, Peter Sloterdijk, el agresivo Richard Dawkins y el columnista del boletín informativo del Partido Comunista Chino, *China Daily*, José Luis Rodríguez Zapatero. Meotti traza una breve biografía de la resistencia de la razón al servicio de la fe –y viceversa– ante la deriva de un hemisferio que encallará sobre la desolada arena del sinsentido, desde el más reciente punto de inflexión del pensamiento (los años sesenta) hasta el presente más actual, es decir, desde las últimas agitaciones de la modernidad, el posmodernismo, hasta el fin del hombre, los tiempos posgéneros, poshumanos. Un Occidente poscristiano.

Sin olvidar que, ante la desaparición de todo referente que trascienda a las demandas de la sociedad del capricho, la exigencia fatua, la fealdad y el miedo, se levanta el Estado como sustituto de Dios. Advierte Ratzinger, y he aquí que la caída de las democracias hunde sus causas en algo más allá de instancias logísticas, que “(...) lo relativo no puede absolutizarse: creer lo contrario es precisamente el error de las ideologías políticas totalitarias”. O, ya puestos, su irreductible fin. “El Estado no es la totalidad de la existencia humana y no abarca toda la esperanza humana. El hombre y su esperanza van más allá de la realidad del Estado y más allá de la esfera de la acción política”. A ver dónde el hombre rellenará las planillas del consuelo.

Del relativismo participan las democracias occidentales. Sobre las relaciones, vínculos y conchabanza entre los totalitarismos comunistas y la democracia liberal ha escrito el europarlamentario y filósofo polaco Ryszard Legutko un libro esclarecedor, *Los demonios de la democracia*, también de Ediciones Encuentro, cuyo catálogo honra al primer Benito de Nursia, por allá en el siglo V después de Cristo cuando, a la caída del Imperio romano, salvaguardó muchos de los tesoros de la cultura occidental. Legutko pone en evidencia la redundancia democrática: sus problemas insíntos se resolverían con aquello que procura los problemas. La política homeopática. ¿Quién no ha escuchado el estribillo tozudo “las fallas de la democracia se superan con más democracia”? Quizás esto explique por qué a los comunistas y socialistas –estos últimos fámulos confesos de los primeros y alérgicos a la palinodia– les va tan bien en las democracias –al contrario que a los anticomunistas– con solo adherirle como una ventosa el adjetivo “democrático” o “social” a cualquier disparate.

En ese sentido leemos a Ratzinger en el libro de Meotti: “Creo que las tendencias ideológicas fundamentales del marxismo han sobrevivido a la caída de la forma política que tenían hasta hoy (...) seguirán determinando el conflicto espiritual (...) por otra parte, entre el liberalismo y el marxismo hubo y sigue habiendo una silenciosa convivencia en puntos rele-



BENEDICTO XVI / ARCHIVO

vantes: una interpretación del mundo basada exclusivamente en las fuerzas materiales. El liberalismo puro no puede superar al marxismo”. El Muro de Berlín estaba recién derrumbado.

Si la caída de los regímenes socialistas o comunistas de Europa del Este se debió a la certeza de defender la vida, –una verdad incuestionable, fundada en la esperanza de una sociedad libre (claro está que sin fe aquella es solo optimismo, y ya sabemos dónde terminan los entusiasmos irreflexivos)–, el desierto espiritual que aqueja a Europa y por lo tanto a Occidente no hará resistencia a la vuelta del totalitarismo, pues esta vez no hay certezas, ni verdades, ni fe y en consecuencia, no hay esperanzas. Y nada por defender porque Occidente niega, desde un odio a sí mismo, todo legado cultural. Los signos de interrogación del título de este ensayo quizás señalen la fe de su autor, aunque la respuesta sería afirmativa y no porque el papado desaparezca, sino porque se ha diluido en la insustancialidad de los tiempos. Es decir, Benedicto XVI es el último papa de Occidente porque Occidente se desintegra. En todo caso se adelantó a su renuncia. El actual papa es el que corresponde a los tiempos. La pregunta es si estamos ante una derrota definitiva. Si los cristianos están preparados para la clandestinidad en un Occidente no solo descristianizado sino anticristiano, en el que la Iglesia se desvanece. Si estamos al tanto de que la separación de Dios y los hombres significa la privación del amor.

Entre húngaros se cuentan un chiste en forma de interrogante que parece incontestable: “¿Sabes qué es peor que el comunismo?”, y ante el abismo que se abre como respuesta, el mismo que hace la pregunta responde ante el desconcertado: “Lo que viene después”. Se me hace que hay una ansiedad latente por “ponerse al día” si alguna vez salimos de la propia desgracia comunista. Será desenterrar un cadáver para aplicarle la eutanasia.

Las exposiciones de Ratzinger siempre resplandecieron, aunque hayan sido dichas o escritas entre el griterío

infantil del último entusiasmo liberador del proyecto ilustrado moderno, siempre han sido sólidas y entendibles, hondas y comprensibles, irradian sensatez y commueven. Y es que, como señala John Waters en el prólogo, Benedicto XVI no le habla a las masas sino a las personas. Y esto hace que su brillantez intelectual venga acompañada de una ternura excepcional. Es quizás esa comprensión de los tiempos, que supera a la de los propios pensadores que promueven las naderías y espumarajos posmodernos y no menos las gárgaras de sus seguidores, lo que levante mayor inquina hacia su figura. No hay que olvidar que Joseph Ratzinger ha sido blanco de la bahririna de los medios de comunicación –detentados prácticamente en exclusiva por soñadores de la progresía–, al que han llamado el “rottweiler de Dios”, el “policia del papa”, “martillo de teólogos”, y a quien consideran un oscurantista. Lo han atacado desde la irreverencia de eternos estudiantes universitarios *sesentayochistas*, que se han olvidado, entre liberación y liberación, librarnos de su propia tabarra flebítica y cansina.

La serenidad de Ratzinger contrasta con la desesperación que albergaron los representantes del pensamiento de Occidente de los últimos sesenta años, principalmente aquellos intelectuales del 68 cuyas vidas terminaron muy lejos de la impavidez. Meotti



da cuenta de ello cuando señala el fin de estos pensadores: “Gilles Deleuze saltó por la ventana de su apartamento en París en el distrito 17; Michel Foucault murió de sida, en una *cupio dissolvi* moral antes que sexual; Louis Althusser, que mató a su esposa y luego terminó sus días en su psiquiátrico, o Guy Debord, que se disparó con un rifle”. Uno de los últimos de esta estirpe, Nikos Poulantzas, se lanzó del piso 22 de la Torre Monpartnas-se de París, abrazado a sus libros. Y, ¿será cierto que Barthes, poco antes de su muerte, había regresado desde el “olvido de lo aprendido”, a una infantilización escatológica y untaba sus rebanadas de pan con mierda y orina? Meotti destaca que Ratzinger le hizo frente a estos pensadores, los mismos que el 26 de enero de 1977, en *Le Monde*, publicaron “una petición para bajar la edad sexual de los niños a los doce años” en nombre de sus *derechos*, entre los “abajo firmantes” destacaban Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir (a quien hoy le dedican biografías ilustradas para niños), Louis Aragon, Félix Guattari y el propio coprófago de la semiótica, entre otros como Jack Lang, futuro ministro de Cultura de Francia. De aquellos polvos... “La revolución del 68 y el terror que creó –en nombre de las ideas marxistas– son un ataque radical a la libertad y la dignidad humanas, una profunda amenaza a todo lo humano”, explicaba Ratzinger al *The New York Times* en 1985. Benedicto XVI, ha dicho el teólogo Stephan Kulle, fue la respuesta de Dios a Mayo del 68. Y renunció. Quizás cansado de tanta fealdad.

Señala Meotti: “En una conferencia en Menlo Park en 1999, Ratzinger explicaría lo siguiente: ‘se ha establecido un clima filosófico que, en su subjetivismo exagerado, es muy escéptico con respecto a las cuestiones de verdad y significado, creyendo en cambio que no hay más que interpretaciones diversas y contrapuestas. Es un subjetivismo que no se limita a una élite cultural, sino que está difundido en toda la sociedad y toma la forma característica de un relativismo generalizado”. La tradición de pensamiento occidental, fundada en definir y conocer, se ha desechado por el imperativo de no pensar, porque pensar es juzgar y es insoportable en una sociedad emotivista, que no admite definiciones porque son portadoras de dominación y *delatan* ansias de poder que limitan y oprimen y ofenden y hay que evitar, desmontar, deconstruir, destruir. En ese camino hacia la nada, pues hablar y hablar, dialogar y dialogar, debatir y debatir hasta que suene el timbre de salida, así todos complacidos y tranquilos. Sí, la antesala de la desesperación.

Meotti da cuenta de cuando Ratzinger afirmaba en 1999, durante una conferencia en la Sorbona de París que la “síntesis entre razón, fe y vida” que ha hecho del cristianismo una religión universal ya no es convincente hoy en día, porque ya no hay certeza sobre la verdad. Por el contrario, “el cristianismo, tanto hoy como en el pasado, sigue siendo la opción por la primacía de la razón y la racionalidad”. La cultura occidental hizo posible que la fe y la razón danzaran hasta que alguna de las dos –o ambas– no pudo más y fue a tomar asiento, quizás, a la espera de otras melodías. Ya veremos. Quizás este lector de lejanías abraiga algo de esperanza. ☺

*¿El último papa de Occidente? Giulio Meotti. Prólogo: John Waters. Ediciones Encuentro. España, 2021.

AL OTRO LADO DE LA PUERTA, enero 22, 2023

NELSON RIVERA

Despacho desde la sede del DGCIM

El teniente coronel Igbert Marín Chaparro continúa la huelga de hambre iniciada el 22 de noviembre. Entre los gritos de los cancerberos y el silencio de los cómplices.

★★

Günter Grass:

“Auschwitz no solo está a nuestras espaldas”.

★★

Pinchas Goldschmid, ex rabino de Moscú:

Los judíos deben irse de Rusia. “Cuando miramos hacia atrás en la historia rusa, cada vez que el sistema político estaba en peligro, veías al gobierno tratando de redirigir la ira y el descontento de las masas hacia la comunidad judía (...) Vimos esto en la época zarista y al final del régimen estalinista”.

★★

Para romper el silencio

Hay una *literatura de la búsqueda*, hija o nieta de las literaturas post Auschwitz. La impulsa la imperiosa necesidad de dar con *la verdad* de lo ocurrido con padres, abuelos o familias judías durante el Holocausto. La producen descendientes de las víctimas. Personas movidas por *la necesidad de saber*. Los especialistas dictaminarán si constituyen un subgénero o solo narraciones que coinciden en sus anhelos.

Calle Este-Oeste de Philippe Sand, *Historia de los abuelos que no tuve* de Ivan Jablonka y *Los falsificadores de pimienta* de Monika Sznajderman, tienen este sedimento en común: son cautivadores reportes de investigación. Para reconstruir las vidas y el trágico final de sus antepasados, los autores emplearon años investigando, viajando, recopilando documentos, calzando unas piezas con otras, dando forma narrativa a sus hallazgos. Sin embargo, ninguno se agota en los dominios de la historia familiar. Los tres remiten a la Europa del siglo XX, a la dislocación que se produjo con el ascenso del Hitler, al rompimiento de la civilización que constituyó la Solución Final.



MONIKA SZNAJDERMAN / TOMASZ LE-NIOWSKI – CREATIVE COMMONS

Monika Sznajderman (1959) es polaca, antropóloga especializada en culturas audiovisuales contemporáneas y escritora. Junto a su esposo, el poeta y ensayista Andrzej Stasiuk, dirigen la editorial Czarne, fundada en 1996, fundamental por su catálogo de traducciones al polaco: narrativa, ensayo y periodismo.

Sznajderman *quiso saber*. Así, tuvo que sortear una barrera próxima: el silencio de su padre. Por eso mismo, en *Los falsificadores de pimienta* (Editorial El Acantilado, España, 2021) le habla a los lectores y le habla a su padre. El viaje de su testimonio es múltiple: en el tiempo –se remonta hasta 1859–; en el espacio –hacia conocidas y menos conocidas geografías, en Polonia y otros lugares de Europa, donde la existencia devino en horror–; hacia los hechos de vida que pudo reconstruir de miembros de sus familias materna y paterna; y, el viaje crucial, por los vericuetos de su propia investigación: fotografías, cartas, testimonios, vagos recuerdos, libros de la época, archivos oficiales, memorias de otros, direcciones y otros datos básicos, conocimientos sobre las corrientes sociales de otros tiempos, pistas útiles escondidas en algún ensayo (por ejemplo, “Cómo descansaban los judíos de Varsovia en sus casas de campo?”, de Isaac Bashevis Singer).

“Este libro nace de sus silencios: mi padre es de los que permanecen callados, su silencio es enorme, abismal; una puede ahogarse en él fácilmente. Por eso empecé a recordar: en contra de ese silencio, en contra del olvido y en contra de la nada que quisiera engullirlo todo”. La fuerza que lo vertebra no es la del historiador: es la de quien se niega a abandonar en el límite donde el documento ya no da más. Sznajder-



man sigue. Trabaja con todo aquello que le sirve a su propósito, entre esas herramientas, la de la conjetura razonable, la proyección de lo plausible. En ese esfuerzo –el deber de recordar y construir una memoria– está la delicada belleza de este libro. *Los falsificadores de pimienta* rompe el silencio, trae a la superficie la invisibilidad, historias que han permanecido hundidas por décadas.

★★

Despachos desde Irán

Por no llevar velo. Por develar el rostro, lugar esencial de lo humano. A Mahsa Amini la ejecutó la teocracia iraní por develar su condición humana.

★★

De los casi 87 millones de habitante de Irán, solo unos pocos miles, en varias ciudades, reaccionaron. Centenares de mujeres se quitaron el velo, cortaron el cabello ante las cámaras, enfrentaron a fanáticos armados, profesores y jerarcas del poder. Insólito coraje.

★★

A las mujeres, la teocracia les dispara a la cara, los pechos, la vagina.

★★

Las violan. Les rapan la cabellera. Algunas llegan a los hospitales con desgarros vaginales. Otras prefieren morir en sus casas.

★★

Ya violadas, las amenazan con violar a sus hermanos.

★★

A sus 14 años, Masoomeh se quitó el velo en el aula. La detuvieron y a las horas la tiraron en la puerta de un hospital, violada y torturada, donde murió.

★★

Muertas. Aparecen muertas.

★★

Días después de haber quemado su velo, una joven de 16 años apareció muerta. Fracturas en los brazos, las piernas, la cadera, la pelvis, el cráneo. La teocracia tritura el sistema óseo de las mujeres que muestran su condición humana.

★★

El 8 de diciembre, la teocracia ahorcó a Mohsen Shekari. Cuatro días después, a Majidreza Rahnavard. En el pasillo de la muerte, hasta el 13 de diciembre, 28 personas esperaban la horca.



EJECUCIÓN PÚBLICA DE MAJID REZA RAHNAVARD, PUBLICADA POR EL MEDIO OFICIAL IRANÍ MIZAN NEWS. AFP

★★

Primero matan a los menores. A continuación cercan a la familia. Las obligan a grabar videos exculpando a los guardias.

★★

Un guardia revolucionario a una madre: tengo los dientes de tu hijo. Si hablas te obligaré a tragártelos.

★★

Hasta noviembre, la teocracia había asesinado a 48 niños. Unicef: alrededor de 50.

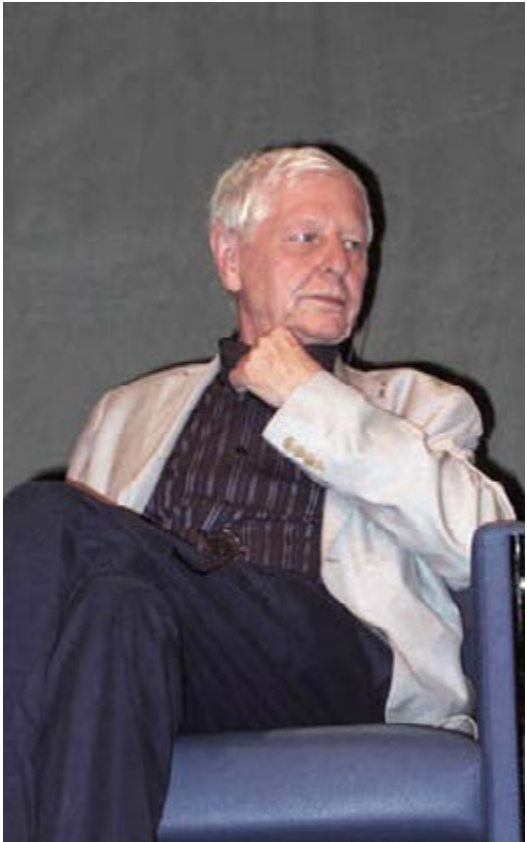
★★

Alireza Akbari fue ex viceministro de Defensa. Tras su detención, estuvo diez meses en condición de aislamiento total. Lo interrogaron por más de 3 mil 500 horas. Lo torturaron. Lo drogaron. Lo forzaron inventar una historia incriminatoria. La firmó. En ese instante la teocracia triunfó. Así, el 14 de enero levantaron su trofeo: el cuerpo del Akbari colgando de la horca.

★★

Enzensberger, cosmopolita

A Hans Magnus Enzensberger (1929-2022) le gustaba el mundo, en su anchura y enrevesamiento. El que en su primera juventud parecía destinado a la poesía, la docencia y la crítica académica –hizo estudios en universidades de Alemania y Francia– hacia finales de los cincuenta y primeros años de los sesenta ya es un ciudadano de sus inquietudes. Escribe poesía y ensayos. Con el paso de los años incursiona en otros géneros (narrativa, teatro, reportajes y artículos de opinión, literatura para niños), trabaja en radio, inventa y dirige revistas, viaja de forma incesante –vivió en Cuba, México, Noruega, Italia y Estados Unidos–, hasta que, con 50 años, fija su residencia en Múnich, donde murió el 24 de noviembre, a los 93 años.



HANS MAGNUS ENZENBERG / MARIUSZ KUBIK CREATIVE – COMMONS

Durante siete décadas no se detuvo: su ágil curiosidad no permanecía fija. Escribió sobre los medios de comunicación (“la industria de la conciencia”), la política, las instituciones, los juicios y los prejuicios, la ciencia, los debates sociales, las confrontaciones bélicas, el pensamiento, la geopolítica, las culturas europeas, las migraciones y un sinfín de otros temas. En sus ensayos (nunca leí su poesía ni su ficción narrativa, tampoco *El diablo de los números*, su libro de ventas millonarias), no hay página donde no acechen la ironía y el ingenio con que se detenía ante la vitrina de los hechos y sus apariencias. ¿Desde dónde pensaba? Difícil responderlo. Incluso su holgado paltó de moderado pensador de izquierda le resulta estrecho con frecuencia. Era heterodoxo, imprevisible, entre otras razones, porque no tenía rabia. Era un crítico sin afán de venganza. Tampoco se proponía ganarte a su causa.

¿Hay un volumen emblemático del ensayista por el cual conocerle? Lo hay. Reúne cuatro ensayos: las migraciones, el terrorismo, la guerra civil, y uno breve sobre la teocracia. Un hilo, no siempre visible, los une: remiten al desbordamiento de la convivencia. Se titula *Ensayos sobre las discordias* (Anagrama, 2016). Piezas expansivas. Informes de este tiempo, hacer de una cabeza ordenada, peculiar, capaz de navegar entre las corrientes más turbulentas. Alguien que parece escribir mientras mira el lector y le pregunta, ¿y tú qué piensas al respecto? Aunque el lector discrepe, nada invita a dejar sus páginas. Entre otras razones, para conocer el próximo paso de su recorrido, por lo general, *más o menos inesperado*.

Vivió con la fortuna de los creadores a los que no le faltan los reconocimientos. Fue premiado: el Hugo Jacobi (1956), el Georg Büchner (1963), el Heinrich Böll (1965), el Erich Maria Remarque (1993), el Heinrich Heine (1998), el Pier Paolo Pasolini (1998), el Ludwig Börne (2002), el Sonning (2010). En el 2002 recibió el

Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Entre los intelectuales europeos, Enzensberger guarda una peculiaridad: América Latina y España estaban *siempre allí*. Estas otras realidades le sirvieron como material de alto contraste, útil para construir sus ejercicios caracterológicos de Europa y sus países. En el trasfondo de su lectura, por ejemplo, de Suecia, Noruega, Hungría y Polonia, asoma el pensador que había enriquecido su instrumental analítico con su conocimiento de América Latina.

★★

Despacho desde algún lugar de Ucrania

A 18 grados bajo cero, el soldado vigila desde la trinchera. Solo alcanza a ver la espesa neblina que lo rodea. De repente, percibe –quizá solo presiente– una sombra en el aire blancuzco. Levanta su fusil, apunta y, cuando aprieta el gatillo, su índice cae a la nieve.

★★

Corporación Wagner

Angola, Mali, Libia, República Centroafricana, Mozambique, Siria, Libia, Madagascar, Ruanda, Guinea Ecuatorial, Zimbabue, Sudán, Nigeria, República Democrática del Congo, Lesoto, Crimea y más. La empresa Grupo Wagner llegó a Ucrania con un extenso expediente, acumulado en poco más de 8 años. Orgullo corporativo: sus bestias han matado en más de 18 países. Versátil trasnacional: leo que el Grupo Wagner mantiene operaciones en el Arco Minero.

Las imágenes muestran a hombres robustos, que portan sofisticados fusiles de combate, drones, detectores de calor (de calor humano), granadas autopropulsadas. Tecnologías para matar. Sin embargo, algunos no han desechado ciertos métodos artesanales. Llevan un martillo que pende del cinturón.

Y ha ocurrido que, en su avance poderoso, han capturado a soldados ucranianos, abaleados y todavía vivos. Entonces un wagneriano ha desenfundado su martillo y ha demostrado a sus colegas, en qué consiste la fuerza. La fuerza ciega e irremediable de que la que hablaba Simone Weil. Y así. Hasta que la cabeza ya no es cabeza, sino otra cosa. Materia amorfa, ablandada, lista para la fosa común.

★★

Despacho desde Nigeria

En 2019, 4 mil 305 cristianos fueron asesinados por su fe. En el mapa del mundo, siete países aparecían teñidos de rojo: Afganistán, Corea del Norte, Irán, Libia, Eritrea, Sudán y Pakistán. Entre 50 y 70 mil católicos permanecían en campos de trabajo en el reino nuclear de Kim Jong-un.

En tres años la mortalidad ha empeorado. También la estadística de la intolerancia religiosa. En 2020 fueron asesinados 4 mil 761 personas de fe cristiana. En el 2021, 5 mil 898: 17 por día. Pero he aquí que Nigeria encabeza ahora las ejecuciones: 79% del total. Víctimas de las masacres realizadas por tres agrupaciones: Boko Haram, Estado Islámico de África Occidental y Fulani. Disputan el liderazgo del terror: triunfará el que escenifique la mayor crueldad.

La orden es simple y atroz: todo infiel debe morir.

Son 62 los países en los que se viola la libertad religiosa (China y La India, entre ellos). En ellos viven 5 mil 200 millones de personas. 67% de la población mundial.

★★

Política y mentira: Santos y el innombrable

Al republicano George Santos le han calificado como el político más mentiroso del mundo. Con una biografía imaginada –descendiente de judíos ucranianos que escaparon del Holocausto; poseedor de títulos universitarios; ex empleado de Citigroup y Goldman Sachs; y más– logró acceder a la Cámara de Representantes por New York. El caso Santos –ahora mismo en su fase comidilla, escándalo y asunto de fiscales– guarda una faceta reveladora: el poderoso magnetismo que sobre los ciudadanos tienen las biografías que combinan el heroísmo del menesteroso-víctima, que asciende hasta la tribuna del éxito. Santos es un relato-fórmula que, adaptado a las realidades de las culturas e historias políticas, sigue mostrando una alta eficacia en el mundo.

Sin embargo, comparados, hay que advertir que las ficciones de George Santos, tienen un alcance menor a las del innombrable: este no solo realizaba constantes ejercicios de cosmética sobre sus verbalizaciones autobiográficas. También pretendía, mediocre aficionado a la historia, alterar los hechos e interpretaciones, para darle forma a esta tesis: que el flujo histórico, después de la muerte de Bolívar, era una continuidad, una acumulación de errores, que él, hecho de la misma calaña mediocre de Santos, venía a remediar. ☹